

Edición Aniversario TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 12 - Julio de 2021



Cuentos: *Es mejor así* (Branny Cardoch) ■ *La verdadera muerte de Giovanni Coco* (Jean-Claude Izzo) ■ *Nos entraron a regalar* (Helios Murialdo) ■ **Reseñas:** *El dedo en la llaga. El caso Shima* (Hache) ■ *Crimen entre mates y ginebra. Lo nuevo de Néstor Ponce* (César Biernay Arriagada) ■ **Entrevista:** Ignacio Fritz ■ **Crónica:** ¡Los detectives! ■ **Artículo:** Léo Malet, *cumbre del noir francés* (Bartolomé Leal) ■ **Cómic:** Max Canalla (Vancho / Kampf) ■ **Cuento Clásico:** *Lemings* de Richard Matheson ■ **Índice General N° 1-11**



03 / CUENTO

ES MEJOR ASÍ

Branny Cardoch

06 / RESEÑA

EL DEDO EN LA LLAGA. EL CASO SHIMA

DE JULIÁN AVARIA-EYZAGUIRRE

Hache

07 / CUENTO

LA VERDADERA MUERTE DE

GIOVANNI COCO

Jean-Claude Izzo

11 / RESEÑA

HAY AMORES QUE MATAN

DE NÉSTOR PONCE

CRIMEN ENTRE MATES Y GINEBRA

César Biernay

13 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

14 / CUENTO

NOS ENTRARON A REGALAR

Helios Murialdo

19 / CÓMIC

MAX CANALLA

Vancho / Kampf

25 / ENTREVISTA

IGNACIO FRITZ: El pueblo

mapuche tiene mis respetos.

30 / CUENTO

EL BARRIOT

Cecilia Jara

33 / GUIÓN

AQUELARRE

Mauro Yberra

37 / CRÓNICA

¡LOS DETECTIVES!

Bartolomé Leal

39 / ARTÍCULO

LÉO MALET, CUMBRE DEL NOIR

FRANCÉS

Bartolomé Leal

41 / CUENTO CLÁSICO

LEMINGS

Richard Matheson

43 / ÍNDICE GENERAL 1-11

EDITORIAL

Delitos cibernéticos

Está de moda el tema de los nuevos delitos en la era de las comunicaciones. Para algunos pasarían a ser predominantes en la novela negra actual. La primera persona que me habló de la *Deep Web* fue un tal Mr. X, a propósito de una pesquisa sobre asesinos en serie. Me dijo que podría acceder a sus intercambios y comunicaciones ingresando a la *Deep Web*. ¿Qué es eso?

Mr. X me explicó que se trataba de una red virtual paralela donde se despliegan asuntos no convencionales, utilizada por ladrones de alto vuelo, hackers políticos, mafiosos, narcos, pedófilos, sicarios y otros modelitos. Allí se puede acceder a sitios privados y organizaciones ilegales. Tienen códigos y contraseñas que usan para planear acciones y jactarse de sus abstracciones. Pornografía infantil, crímenes en vivo, tráfico de armas y órganos, atentados terroristas, videojuegos de muerte, suelen realizarse con apoyo de la *Deep Web*.

No es marginal, señaló Mr. X. Se estima que la *Deep Web* es mil veces más grande que la Internet convencional y más del 90% de la información es inaccesible sin protocolos o claves secretas. Estamos hablando de medio millón de sitios y billones de documentos. Se la puede encontrar referida como Internet oculta o invisible. El anonimato es norma usual.

Acceder no es fácil, elaboró mi amigo. No sirve ninguno de los motores de búsqueda habituales. Los buscadores están restringidos para evitar el acceso a sitios peligrosos. Sin embargo, se han desarrollado unas llamadas «arañas web», especies de robots virtuales que ayudan a desenredar información, lo cual hay que saber manejar. Es un tema técnico.

La mejor forma de acceder a la *Deep Web* es utilizando Tor, un navegador alternativo que permite circular anónimamente por la red. Desarrollado por los marines, Tor es poderoso, se ocupa sobre todo de temas jurídicos: datos de la bolsa, paraísos fiscales, registro de delincuentes, control de disidentes políticos, información de agencias de inteligencia, etc. Allí se alojan los mercados ilegales, utilizan solo criptomonedas y billeteras digitales imposibles de detectar.

La *Deep Web* es el lado más oscuro de la nube. Es un parauniverso. Tiene niveles, a algunos se puede acceder, pero no a la *Marianas Web*, la insondable, ese lugar donde el mito dice que una sola instrucción acabaría con Internet. En todo caso, el 2020 hubo un operativo contra la *Deep Web* que la dejó disminuida y la pandemia afectó sus intercambios. Pero volverá, afirmó mi informante, Mr. X.

Bueno, aquí vamos con **Trazas Negras 12**, número aniversario, con cuentos, reseñas, entrevistas, artículos, un guion y comic. Agregamos un índice consolidado de los autores que han contribuido en los 11 números que ya están en la nube. Somos incombustibles.

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

TRAZAS NEGRAS / NÚMERO 12 / SANTIAGO DE CHILE, JULIO DE 2021

DIRECTOR: Bartolomé Leal - EDICIÓN Y DIAGRAMACIÓN: Iván Martínez B.

APOYO: Carla Salazar L. / Bartolomé Leal - CONTACTO: revista@trazasnegras.cl

PORTADA: Ilustración de KAMPF - FOTOS: Banco de Imágenes Pexels.com / Pixabay.com

Diseñado en:

AFFINITY
Publisher

Publicado por:

Lector Comunicaciones y Ediciones SPA

¿Qué quiere que le diga, señor juez? Usted sabe como es la vida, a veces nos enamoramos como estúpidos y perdemos el juicio. Claro que la maté ¿para qué negarlo? Pero es mejor así, me siento liberado y puedo enfrentar la condena. Espero que sea a muerte, porque si vivir con ella era un infierno, vivir sin ella también lo es.

Estábamos casados. Diez años no es poco tiempo ¿verdad, señor juez? La conocí una tarde de verano en La Feria del Disco. Yo quería comprar el Adagio de Albinoni y ella, apoyada en el mostrador, escuchaba un aria de Sansón y Dalila a todo volumen

—«*Mon coeur s'ouvre à ta voix*»— la voz de la mezo-soprano acaparaba la atención de los compradores. Me quedé extasiado esa voz maravillosa. Apoyado a su lado la miré de reojo, tenía los ojos húmedos como si la emoción la hubiese arrancado de la realidad. Era alta y esbelta, bella como Dalila, quizás perversa como ella, pensé ¿fue una idea premonitoria? Quizás, señor juez, pero ya se lo dije, cuando uno se enamora se pone tan estúpido que nada nos trae de regreso a la realidad. Me acerqué a la vendedora y le pregunté quién cantaba, me miró sorprendida, como si yo tuviera la obligación de saberlo.

—Shirley Verrett ¿no la conoce?

—Por supuesto —mentí— quiero comprar ese disco. Esperé que el aria terminase antes de acercarme a ella.

—¿Me permite hacerle un obsequio?

Gracias —dijo— pero no lo conozco ¿quién es usted?

—Un admirador de Shirley Verrett, de Sansón y Dalila y de usted.

Ella sonrió, señor juez, vi estrellas de colores y el mundo estalló en fuegos de artificio que llenaron mi cielo ¿usted cree en el amor a primera vista? A mi me sucedió, no pasa solamente en las novelas. Nos fuimos juntos y durante los próximos seis meses estuvimos haciendo el amor sin comprometernos demasiado. En realidad era

ella la que no quería compromisos, vivía jugando, escapándose, desapareciendo por varios días para reaparecer sin dar explicaciones. Era un enigma y eso me enloquecía, obligándome a correr tras ella suplicando por su amor. ¿Por qué nos casamos? Usted dirá que con esos antecedentes fue una tontería, pero ella estaba embarazada. Cosa curiosa, una mujer dispuesta a meterse a la cama con cualquiera, que le importaba muy poco la opinión de la gente, librepensadora y agnóstica ¿Qué quisiera casarse sólo porque estaba embarazada? Raro ¿verdad, señor juez? Pero ella creía en la vida y un aborto no estaba en sus planes. Casarse conmigo le daba seguridad. Son curiosos los motivos que llevan a las mujeres al matrimonio: algunas lo hacen porque están enamoradas, otras por dinero, algunas para escapar de su ambiente y otras por trepar en la sociedad, sin mencionar a las embarazadas que no saben a quién endilgarle el crío. Muchas veces me he preguntado si ese niño es realmente mío y por qué Luciana se casó conmigo. ¿Me amó alguna vez? Esa pregunta me la hice en cada una de sus escapadas, también en sus regresos. Me da vergüenza admitirlo, pero nunca me porté como un hombre ofendido que se alza iracundo tratando de borrar su indignidad. Tendría que haberme separado, mi amor se había transformado en servidumbre. Quizás ella me engañaba buscando una reacción criminal, un secreto deseo de muerte que la empujaba a provocar mis más bajos instintos. La primera vez que sospeché que ella me engañaba, terminé suplicando su perdón ¿cómo se habrá reído de mí!

—¿Acaso no puedo tener un amigo? —gritó indignada— Julián es el marido de Beatriz, mi mejor amiga ¿cómo podría hacer una cosa así?

Pero pudo hacerlo, dígame, señor juez si no fui un estúpido. Cuando ella se fue de mi lado, el niño tenía cuatro años y no sabía cómo justificar la ausencia de su

madre, opté por enviarlo a Iquique, a casa de mis padres, le dije que se merecía unas largas vacaciones. Usted tiene experiencia, señor juez ¿cuántos casos similares han llegado a sus manos? La vida no es como la pintan los poetas, es dura y cruel, nadie nos enseña a vivir y vamos dando tropezones en cada piedra del camino. Este amor se escribió con llanto y vergüenza, desgraciadamente terminó con sangre.

Una tarde, al volver a casa tras seis meses de soledad, esperando cada día su llamado y de preguntarme si valía la pena seguir viviendo, escuché la voz de Shirley Verrett gritar su falso juramento de amor a un desprevenido Sansón, tal como lo fui yo cuando me dejé cortar el cabello de la libertad para casarme con ella —«*Mon coeur s'ouvre à ta voix*»— mi corazón se paralizó un instante, ¿estás de regreso, Luciana? Quise correr y estrecharle entre mis brazos, decirle que estaba perdonada, que en el amor no hay odios ni rencores, pero opté por entrar lentamente y detenerme frente a ella que me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Ahora pienso que no eran de arrepentimiento, sino por la emoción de la música y yo, el muy estúpido, sólo atiné a recibirla en mis brazos.

No quiero abrumarlo con mi historia, durante los diez años que estuvimos juntos, ella se fue cuatro veces. No me estoy justificando, señor juez, usted me tiene que condenar, he cometido un crimen y no importan los atenuantes. Usted ser preguntará ¿Por qué, después de tantos engaños, no me separé a tiempo y esperé hasta ahora para matarla? Puede acusarme de morbosos, de sadomasoquista, en fin, de desequilibrado mental, pero le fui tomando odio, cada día la odiaba un poco más, pero era un odio extraño, porque

tampoco podía dejar de amarla. Amor odio, cosa de locos ¿verdad? Cuando ella no estaba sentía deseos de estrangularla, tener un látigo para destrozar su cuerpo, escuchar su voz suplicante, ver correr sus lágrimas y su sangre, pero cuando regresaba, esa rabia desaparecía y sólo deseaba estrecharla en mis brazos.

Hace tres días, después de una estúpida discusión, me avisó que se iba, quería el divorcio y la mitad de todo. El niño me lo podía quedar, no le interesaba, el hombre con el cual se marchaba tampoco quería chiquillos ajenos —soy muy mala madre— dijo para justificarse.

La voz de Shirley Verrett sonaba a todo volumen mientras ella acomodaba su ropa en una maleta —«*Mon coeur s'ouvre à ta voix*»— pero ella no se daba cuenta. Yo quería gritar —Dalila, Dalila, amor mío, escucha— pero su corazón se mantuvo cerrado a la voz de mi angustia.

—Me llevo lo más indispensable —dijo con voz fría— el resto lo mandaré a buscar después.

—Bien, como tú digas.

—No pongas esa cara, te libras de mi ¿No te parece mejor así?

—Sí, es mejor así.

Apoyé mi cabeza contra el vidrio de la ventana y miré hacia la calle. El estaba ahí, esperando. No lo conocía, pero adiviné quién era. Un hombre más joven que ella, más joven que yo. Por primera vez el odio subió hasta mi garganta y su sabor acre me dejó sin respiración. Mi orgullo pisoteado se rebeló, me estaba cambiando por un hombre más joven y eso era superior a mis fuerzas. Le confieso, señor juez, que mi vanidad dormida resucitó de



repente y ese odio tantas veces controlado, brotó como oleadas de un volcán en erupción. Por primera vez tenía frente a mí a quien se la llevaba y no lo podía soportar. Tomé el punzón que tenía en mi escritorio y sentí el impulso de bajar, pararme frente a él y clavárselo en el corazón, pero luego pensé que ese pobre diablo no tenía la culpa, sería otra víctima de su desenfreno. La llamé, ella contestó fastidiada.

—¿Qué diablos quieres ahora? No ves que estoy apurada.

—Ven, tengo un regalo de despedida para ti.

A ella le gustaban los regalos y eso era lo único que podría distraerla de lo que estaba haciendo. Agité en mi mano una cadena de oro que guardaba para sus cumpleaños. Ella se acercó mimosa y se abrazó a mí.

—¿Me vas a dar un regalo? Eres un amor, a veces me arrepiento de irme.

Me besó en la mejilla, en los labios, la abracé con fuerza, ella mordió el lóbulo de mi oreja ¡maldita! Es mi

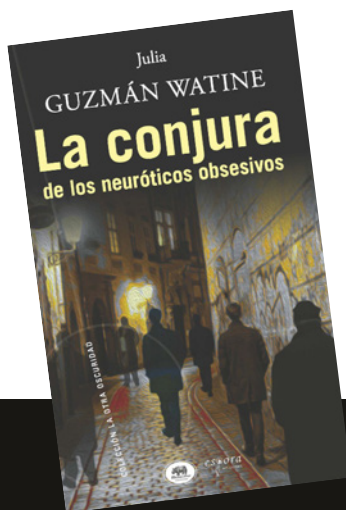
punto débil. Un escalofrío me recorrió entero pero contuve mi deseo de amarla, deslicé la mano sobre el escritorio, tomé el punzón y se lo clavé en la espalda. Confieso que sentí un placer voluptuoso, como un orgasmo de mi espíritu ¡perra! ¡Ya no volverás a jugar conmigo! Dio un grito ahogado y me miró sorprendida, trató de librarse de mis brazos pero la apreté con más fuerza, gozando con su desesperación, volví a clavar el arma en sus pulmones destrozados, gimíó mientras un hilo de sangre escapaba de sus labios. Se ahogaba, luchaba por respirar. Se debatía sin fuerzas, parecía un ave agónica en las fauces de su depredador. La sostuve hasta que la luz se apagó en sus ojos turbios, la tendí sobre el sofá mientras su sangre corría sobre la alfombra. Abrí la ventana y grité.

—¡Oye, tú! ¿Esperas a Luciana? Sube a buscarla.

Después llamé a la policía. **TN**

Branny Cardoch Zedán

Ha publicado siete novelas, entre las que destacan *Todas íbamos a ser reinas* (Editorial Forja, 2007), *La Colorina* (Editorial Forja, 2011), *Fuga del Paraíso* (Editorial Forja, 2015). La más reciente es *El maldito caso de las joyas* (Espora Ediciones, 2019), además del libro de cuentos *La violación de Lucrecia y otros cuentos* (Ediciones Plazadeletras, 2016). Sus cuentos han obtenido reconocimientos, entre los que destacan el Primer Premio Municipal Gabriela Mistral en 1999 y el Segundo Premio en el concurso del Ministerio del Trabajo en 2005. Su cuento «El cine de mi barrio» fue incluido en la antología de Jacqueline Mouesca *Cuentos de cine*.



Colección «La otra oscuridad»

La conjura de los neuróticos obsesivos

Julia Guzmán Watine

Rhinoceros

www.espora.cl

El Dedo en la Llaga. El caso Shima

de Julián Avaria-Eyzaguirre



Por Hache

Cuando comencé a leer novelas y cuentos *noir* o criminales, el triángulo investigador–crimen–sospechosos parecía no agotarse nunca, paulatinamente fui conociendo escritores y escritoras que abordaban este tipo de historias desde perspectivas más amplias, contextos sociales, políticos e inclusive ecológicos se transformaron en una nueva arista necesaria para situar cualquier relato. *El Dedo en la Llaga. El caso Shima*, es la segunda novela de Julián Avaria-Eyzaguirre y se enmarca en esta nueva generación de novelas negras que incorporan como elementos vivos el entorno en que se desarrolla la vida de sus personajes, en este caso, llevados al límite en medio de un paisaje hermoso pero que a ratos resulta macabro.

El narrador es el mismo de la primera novela del autor *El caso Capablanca*, un detective sin nombre (le dicen «el dedo en la llaga») con un fracaso a cuestas que le obliga a buscar una oportunidad para redimirse con su profesión y ajustar cuentas con un pasado que aún sigue vigente, más que nunca. Es un trabajo que nos sumerge en un paisaje neblinoso e inmenso, con un relato que avanza al ritmo de los hechos y un desenlace que nos obligará a cuestionar el relativo éxito del protagonista.

La historia va fluyendo como un testimonio y recuerdos de alguien que ha vivido siempre al filo de todo, vadeando a sus personajes con racontos sorprendidos y diálogos cotidianos que nos ayudan a comprender y profundizar el conocimiento sobre ellos. La historia transcurre

principalmente en el ficticio lago Shima al sur de Puerto Natales, en plena Patagonia Chilena, donde un suicidio gatilla el conflicto que avanza velozmente entre los trabajadores de una misión para instalar un campamento científico. Prófugos, ratis y personajes diversos giran en una vorágine de situaciones que suceden a la sombra de un crimen que evoca permanentemente el oscuro legado de la dictadura militar, en cuanto al abuso y sometimiento del más débil y la crítica al mega intervencionismo de la naturaleza en aras del famoso «progreso».

El diseño de la portada, a cargo de David Bustos Mellado nos da una idea simbólica de lo que tendremos que recorrer hasta el paradójico final del libro. *El Dedo en la Llaga. El caso Shima* es una novela feroz que invita al lector a preguntarse sobre las subjetividades de cada personaje, representando cada uno distintos conflictos vigentes en nuestra sociedad: el doble estándar, el extractivismo y la oscura mano del poder y el dinero, que hacen del trabajo de Avaria un texto plenamente actualizado en la línea de la novela criminal, continuando con los aportes de las nuevas y no tanto generaciones de escritores y escritoras que han profundizado el género desde sus creaciones, sin desmerecer el legado clásico de la novela policial, del cual también podemos identificar un aporte significativo en la pluma del autor.

TN

La verdadera muerte de Giovanni Coco

Jean-Claude Izzo

Después que hubo comprado aquella gruesa agenda de cobertura negra, en tela, Giovanni Coco anotaba todos sus sucesos y gestos cotidianos. También sus pensamientos. Sobre todo, sus pensamientos. Esta agenda había cambiado la vida de Coco. Ahora se podía ver a sí mismo en su existir y pensar. Mejor aún, podía evaluar con la precisión de un funcionario su propia decadencia. Día tras día. Le bastaba con releerse.

Al momento de levantarse, antes incluso de tomar un café, había escrito en su agenda: «Desperté a las nueve y cincuenta y dos». Se levantaba cada vez más tarde y su madre no perdía oportunidad de hacérselo notar. Ella estaba planchando. Lo hacía como trabajo, planchado a domicilio; también hacía el aseo en los despachos de médicos y abogados del barrio, el *Trastevere* de Roma.

—Me importa un carajo —le respondió Coco—. ¿Por qué tendría que levantarme temprano, ah? ¿Me lo puedes decir?

—Tú podrías...

—Buscar un trabajo, ¿eso es? —la interrumpió, entrando a la cocina.

Todas las mañanas era el mismo regaño.

—¿Hacer como todos esos cretinos, ah? Entiende que no soy como ellos. Y no quiero parecérmelos.

—La cafetera está lista. No tienes más que encender el gas —respondió su madre.

Colocó su agenda sobre la mesa, raspó una cerilla bajo la cafetera y salió de la cocina.

—Sí, dílo claramente, que soy tu hijo y que soy un cualquiera...

—Lo sé, Giovanni. Pero tienes 20 años y...

—¿Y qué!

—¿No me gusta que permanezcas así! Sin hacer nada. Vagar con Luca. Tengo miedo que...

—¡Eso es! Anda, plancha. Reviéntate trabajando, como papá.

El café estaba listo. Se sirvió una taza. Se sentó a la mesa y abrió su agenda. Releyó sus notas de ayer. En la página de la izquierda, la que señalaba el día y la fecha y que dividía la jornada hora por hora, había anotado a mano, justo abajo: «22 horas, me cogí a Claudia».

—¡Estás celoso, lo juro! —dijo Claudia.

—¡Celoso, yo!

Giovanni había estallado de risa.

—¡Celoso! ¡Hablas pura mierda! Acostarse, te digo, no es lo importante. Lo importante es con quién te acuestas. ¿Comprendes eso? Y Luca no es más que un pobre imbécil.

Claudia había reído a su turno.

—Y tú, ¿qué eres?

—A mí no me gustan las putas.

Había sentido venir la bofetada y la había evitado.

—Pobre tipo —le gritó ella.

Pero él había partido golpeando la puerta.

Desde hacía meses, golpeaba las puertas tras de sí. Las puertas de la vida, una a una. La agenda le servía para eso. Para saberlo.

Esa agenda la había comprado en una papelería de la *Vicolo della Campana* el miércoles 7 de febrero, después de haber leído la carta de Bárbara. «El silencio responde a tus mensajes. No logro llamarte. ¿Para decirte qué? Tú lo sabes, Giovanni, formas parte de los seres que no me resuelvo a perder, de los seres que amo. Pero no puedo decir “te amo”».

—¡Puerca! —había murmurado al releer la carta por segunda vez.

Bárbara le había pedido tiempo. Para reflexionar sobre ella, sobre él, sobre ellos, sobre su historia. Se conocían desde el liceo, desde la edad de 16 años. Habían coque-

teado largamente, después se habían perdido de vista hacía dos años. Una tarde, el 30 de enero pasado, ella le había telefonado. No le estaba yendo bien. Necesitaba verlo.

—Ven. Te lo ruego.

Ella lo quería ver a él, Giovanni Coco. No a otra persona. Él sabía por qué. Él no era un cualquiera.

No había dudado ni un segundo. Un cuarto de hora más tarde, estaba delante de la fuente de la Piazza Navona. Impaciente por el reencuentro con Bárbara.

Bárbara. Sus ojos, su sonrisa de madona.

Él la había tomado en sus brazos. Después le había acariciado los cabellos, había alzado su rostro y la había besado. Lentamente, largamente. Como hacía dos años. Cuando él la había acompañado hasta su puerta.

—¿Es tan simple como eso? —ella había reído.

—Es tan simple, sí. Te amo.

Había pasado después bastante tiempo con Bárbara. Para hablar noches enteras. Para beber *gin tonic*. Para inventarse futuros posibles. Viajes, lejos de ese puto país de mierda. Ellos, solos los dos, para rehacer el mundo recorriendo el mundo. Ellos, los dos, no eran unos cualesquiera. Era para eso que se habían reencontrado. Que ella lo había llamado. Que él había llegado.

—Tengo ganas de ti —le había dicho él.

Había sido ocho días atrás.

Con la punta de sus dedos, Bárbara había acariciado la mejilla de Giovanni, después había colocado un beso furtivo sobre sus labios.

—Dame un poco de tiempo, Giovanni. Apenas un poco todavía.

Después había llegado su carta. «¿Por qué llamo tu atención cada vez que ando mal? ¿Y por qué no voy nunca contigo hasta el fondo de nuestra historia, cualquiera que sea?».

—Puerca —había repetido, está vez en tono más alto.

Saliendo de la papelería de la Vicolo della Campana había entrado en un café y, minuciosamente, había reconstituido su vida desde su encuentro del 30 de enero con Bárbara. En la fecha 15 de febrero, sobre la página de notas, había pegado la carta de Bárbara. Y abajo, este comentario: «Estoy al borde de una crisis de nervios».

Prendió otro cigarrillo. El tercero, con la cuarta taza de café. Releyó lo que había escrito la noche anterior, antes de apagar la luz. «Sin embargo, es simple. Cuando uno no existe más, muere. Y listo».

Y listo, se dijo. Y allí estás.

Hacía tres meses, día por día, que no tenía noticias de Bárbara. Después de su carta, no consideraba verla. Ni siquiera llamarla. Él no era un cualquiera. No se iba a rebajar a eso. Que ella se cocinara en su «mal de existir», había pensado. Y cuando ella vuelva a llamar, le mostraré quien soy. Pero eso no lo había escrito en su agenda. Solamente lo había pensado.

Y Bárbara no lo llamaba.

El 15 de marzo, «su primer mes de aniversario», anotó en su agenda: «Nada. Ella no me escrito una palabra, no me ha telefonado. Podría estar muerta. Debo acostumbrarme a vivir como si eso fuera normal».

Pero no lograba acostumbrarse.

Todas las mañanas anotaba la hora que mostraba su reloj. Y abajo: «Nada». El 22 de marzo escribió: «Tantas cosas que no le he dicho. En el fondo, el terror a perderla ahora no es la ansiedad “de la posesión”, sino el miedo de no poderle decir esas cosas. ¿Qué son esas cosas?, por ahora no lo sé. ¡Pero llegarán como un torrente cuando estés con ella!».

Escribir cosas así le hacía subir lágrimas a los ojos.

Y después, ayer a mediodía, ese cabrón de Luca le había contado que ella, Bárbara, salía con un tipo. Un francés. Un pintor que vivía en la *Villa Médici*. Los había visto entrar al Café Greco.

—¿Al Café Greco? ¿En *Via Condotti*?

—Como te digo.

Por principio, Coco jamás metía los pies en ese café. Un café para turistas.

—Ella le está haciendo descubrir el país —se burló Luca.

—Eres un cabrón.

Se lo había dicho en forma malvada. Lo había golpeado saberlo. Y por parte de ese imbécil de Luca, para peor.

—Déjala, Giovanni. Nenas no faltan. Diez veces más excitantes que tu Bárbara. ¡Tate, si vieras el par de tetas de Claudia!

A pesar de haberse cogido a Claudia la noche anterior, la bola de nervios que oprimía el corazón de Coco no se había deshecho. Lo oprimía más violentamente cada día que se escurría con el silencio de Bárbara. Al contrario, tras haberse cogido a Claudia, se sentía más a punto del estallido de nervios.

Sin embargo, Claudia era un buen bocado, realmente. No tenía más que hacer sonar los dedos y ella habría sido para él, para él solo. Pero ese no era el problema. Él lo

sabía. No, no lo sabía. No entendía nada, nada de nada, eso era todo. Mierda, ¿qué es lo que le atraía hacia Bárbara?

Luca había continuado hablando mientras caminaban. Pero Coco había dejado de escucharlo, como le ocurría a menudo. Sí. ¿Qué es lo que le atraía tanto hacia Bárbara? Cosas que llevaba dentro de sí. Cosas de él que reconocía en ella. Su agotamiento vital. Su estado de perplejidad frente a la vida. Su mal de existir, sí, como ella. Una noche, un poco ebria, ella le había dicho:

—Sabes, el dolor me invade incluso en la mañana.

—¿Qué dolor?

—Tú lo sabes bien, Giovanni. Ese dolor que uno tiene.

—¿De vivir?

—De vivir, sí.

Bárbara. Él había imaginado, mientras Luca continuaba recitando sus eternas burradas: «Incluso si ella reapareciera ahora, sería como si no estuviera. “*I’ll never forget you*”, es lo que se dice a quien se tiene la intención de abandonar, ¿no?».

—¡Oye! ¿Me estás escuchando?

—Claudia. Me la voy a coger. Esta noche. Sí, me la voy a coger esta noche.

—¡Oh! Estoy saliendo con ella.

—Es que es una puta. Me la cojo esta noche, ¿apuestas?

Habían apostado una noche de consumos en el Café Latino, una discoteca de jazz de la *Via di Monte Testaccio* donde tenían la costumbre de ir.

—¿Entonces? —había preguntado Luca cuando Coco se hubo sentado en una banqueta.

Seguro, Luca estaría encantado de hacerle perder su apuesta. Pagar los *gin tonic* durante toda la noche.

—Tú deberías ir a juntarte con ella después, va estar todavía bien caliente.

—Hijo de puta —había respondido Luca, vaciando su vaso.

—Es que es una puta, yo te lo había advertido. ¿Comprendes la diferencia con Bárbara?

—¡Sí!

—No. Tú no comprendes nada, eres demasiado estúpido.

—¡Sí! Te coges a las putas y después te masturbas soñando con aquellas a quienes no te coges.

Coco, de un gesto vivo, había agarrado a Luca por el cuello.

—Podría matarte por decir eso.

—Estás loco.

—No —lo dijo soltándolo—. No estoy loco. Somos iguales yo y tú, yo y Claudia, yo y todos los otros imbéciles de tu especie. Ustedes no comprenden nada de nada.

Se levantó. También lo soy, pensó. Todo se hunde. El último dolor. Pero no se lo debo a Bárbara, sino a mí, a mí mismo.

—A mí.

—¿Dónde vas? —lo interrogó su madre.

—A hacer gimnasia.

—¿Vienes a cenar esta noche?

—No tengo idea.

En el bolso había metido la carabina de su padre. Y cartuchos. Nada más que eso. La carabina y cartuchos. Y su agenda.

Bajó las escaleras y abrió el buzón. No había más que facturas y una postal de su hermana, enviada desde Marsella. Representaba el Puerto Viejo, con un medallón arribando mostrando la iglesia de *Notre-Dame-de-la Garde*. «Todo va bien. Hace muy buen tiempo. Marsella es una ciudad bella. Mauro y yo nos amamos tanto. Los abrazo. Y Mauro también».

¡Qué idiota!

«Nada», había anotado todavía en su agenda. Antes de bajar y abrir el buzón. Porque estaba seguro que Bárbara no le escribiría nunca más, no le llamaría nunca más. Ella le había pedido tiempo. Él le había dado tiempo. Y hoy, ella salía con un pintor francés de la *Villa Médicis*. Su tiempo, ella sabía utilizarlo. Verdaderamente bien. Con un puto pintor francés.

Nada. «Uno no se mata por amor, por una mujer. Uno se mata porque un amor, no importa cuál amor, nos revela en nuestra desnudez, en nuestra miseria, en nuestra situación indefensa, en nuestra nada». Había escrito eso, una vez que se hubo lavado, afeitado, vestido. 15 de mayo. Santa Julia, precisaba la agenda. «Santa Julia, ruega por mí», había agregado.

Subió al automóvil, un Fiat 128 blanco. El auto de su hermana. Metió una cassette de Pink Floyd que guardaba en la guantera. Le horrorizaban los Pink Floyd. Arrancó haciendo rechinar los neumáticos para que la gente se volteara, lo mirara. Después de haber conducido una hora por Roma, sin destino preciso, enfiló por la *Via del Corso*. Rodaba lentamente, mirando a la gente sobre las aceras. ¿Dónde iban? ¿Por qué? ¿Eran felices? ¿Infelices?

¿Cuál es el cáncer que corroe sus vidas? Era su pregunta, la verdadera pregunta. Dio un suave empujón al acelerador al ver a una viejecilla atravesar la calle. Quienientos puntos, se dijo. El número de puntos que valía una persona a quien se podía reventar al conducir. ¡No hagas el idiota! Una vieja, vaya. Cien puntos, eso vale. A lo más.

—Cabrón —le gritó la vieja.

Se rió. Ciento cincuenta, toma.

Una vez que hubo llegado a la *Piazza del Popolo*, supo que su decisión estaba tomada. Bastaba un poco de coraje, eso era todo. Se detuvo frente a la iglesia de Santa María y sacó su agenda. La colocó sobre el volante y escribió: «Al morir no quiero morir como un cualquiera. Todo el mundo debe saber cómo muere un tipo como yo».

Pensó en Bárbara. Era necesario que ella también lo supiera. Agregó: «Lo haré de modo que la policía me mate».

Cerró la agenda, la colocó a su lado, después sacó la carabina. La cargó y volvió a partir. Los Pink Floyd seguían tocando. Como para vomitar. Eran perfectos, finalmente, los Pink Floyd.

Coco rehizo el contorno de la *Piazza del Popolo*. Dos tipos, cada cual en una Vespa circulaban a su lado. Dos amigos, visiblemente. Hablaban mientras circulaban. Coco se lanzó sobre ellos. Ya no era más un juego. El costado derecho del Fiat rozó una de las Vespa. El tipo se sintió desestabilizado y la Vespa y él rodaron.

—Hijo de puta —le gritó el otro a Coco.

Puso un pie en la calle. El otro tipo levantó su Vespa y la puso sobre su soporte. Ambos se aproximaron a él, amenazantes. Coco hizo deslizar su carabina por la ventana y apuntó a los dos.

—¡Esfúmense hijos de puta! O me los cargo.

Los dos tipos se inmovilizaron. Igual que la gente alrededor de ellos. Coco se burló:

—Vayan a buscar a los polis. Que intenten atraparame si tienen huevos.

Y partió.

Dos vehículos de la policía, con sus sirenas sonando, partieron a su caza a la altura de la *Piazza Colona*. Listo,

murmuró. Después se preguntó: “¿Por qué morir?” Jamás se había sentido tan vivo como ahora, jamás tan adolescente. Le venían frases a la cabeza que ya no podía anotar en su agenda. «Quién sabe, tal vez tendré el tiempo justo de anotarlas».

Esta otra: «Amor y muerte. Vieja historia».

En *Piazza Venezia* se saltó un semáforo en rojo y no pudo evitar a un Alfa Romeo, rojo como corresponde, que llegó por su derecha. El ruido de latas resonó como un rebato en toda la plaza. Los vehículos de los polis se detuvieron y seis agentes corrieron hacia él. Escuchó otras sirenas a lo lejos. Lanzó un disparo, bastante por encima de las cabezas de los polis.

—¡Vamos, vengan! ¡Vengan, banda de cabrones!

Alrededor de él, todo se había detenido. Los polis también. Se habían replegado detrás de sus vehículos y había desenfundado las armas. Coco escuchó los gritos de los transeúntes. Y la primera conminación a rendirse. Disparó de nuevo, mirando esta vez hacia el giroscopio del vehículo más próximo. Le apuntó y sintió un cierto orgullo.

¿Y entonces?, se dijo.

Entonces, todo esto me disgusta.

La primera bala le atravesó la espalda. El dolor le arrancó un grito. Disparó por tercera vez, con los ojos cerrados, después una cuarta vez.

Otra bala penetró en su cuerpo.

Bárbara, pensó, hoy día sé con certeza muchas más cosas que tú sobre el dolor.

Se desplomó.

No hay mal de existir. Sólo mal, Bárbara. TN

(Julio de 1998)

(Traducción de Bartolomé Leal)

Jean-Claude Izzo

Nacido en Marsella en 1945, Jean-Claude Izzo es el autor de la *Trilogía de Marsella* (1995-98), una serie de novelas negras que se cuentan entre lo más destacado de la expresión francesa en el género, sobre todo porque la crítica vio allí una renovación temática y estilística. La obra de Izzo expresa las características de ese puerto francés, con sus migrantes, conspiradores, marineros y mafiosos de toda laya. Él mismo era hijo de italiano y española, por lo cual conoció la discriminación. Sólo pudo estudiar para tornero y debió asumir empleos modestos para sobrevivir. Trabajó de librero, se hizo activista católico, luego comunista y sirvió en el ejército francés, donde fue puesto en prisión por hacer huelga de hambre. Todo ello se refleja en su literatura, marcada por una negra intensidad. Su detective se llama Fabio Montale y reúne muchos rasgos del propio autor. El cuento que presentamos se basa en un caso real que provocó conmoción en Itaenia. Izzo falleció en 2000, víctima del cáncer.





Hay amores que matan

Crimen entre mates y ginebra

Lo nuevo de Néstor Ponce

Por César Biernay Arriagada

Hay Amores que Matan de Néstor Ponce es el nuevo libro de bolsillo de la colección **La Otra Oscuridad**, publicada en Santiago de Chile, que rescata un hecho de sangre perdido entre los roneos polvorientos de un legajo bien guardado, en una particular crónica criollista que mezcla magníficamente la historia, el crimen y el valor de los archivos como pieza fundamental para reconstruir el pasado. Creativa, rápida y cautivante, la obra invita a reflexionar sobre el límite de toda permisividad y como a fines del Siglo XIX y comienzos del XX, las cosas se tejían de otra manera, o del mismo modo que hoy pero sin testigos.

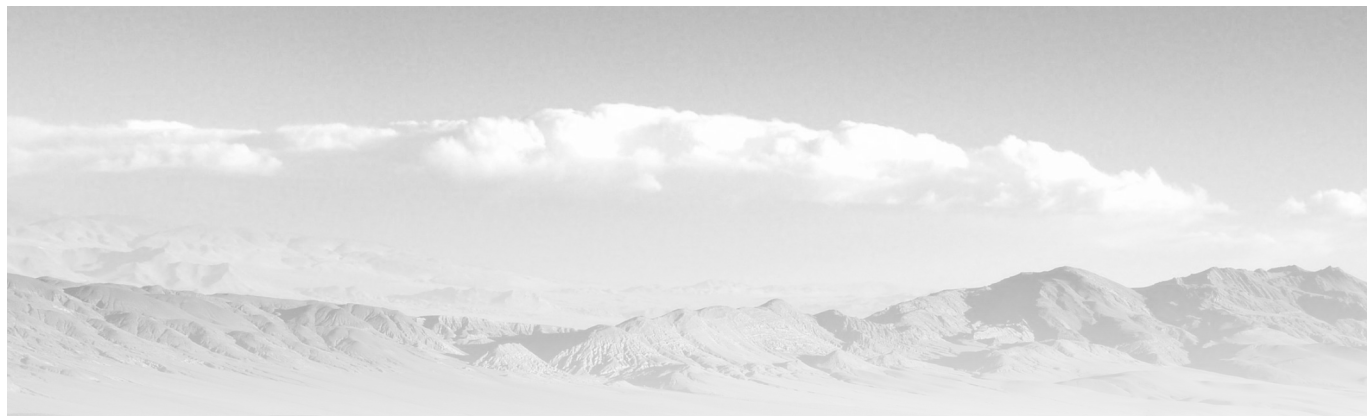
A quienes gustan conocer la historia de la América profunda, en tiempos de post independencia, sus páginas transitan en la dura pampa argentina, de madrugadas de esquila y tardes de zamba. Sus personajes van de peón a paje, de estanciero a juez y de empleada a patrón, en la clásica dinámica política administrativa donde las decisiones las tomaban los que portaban la huasca de cuero.

En la casa patronal, de murallones anchos, reja colonial y teja bermellón, a la sombra del ceibo y del jacarandá, se entretienen las maquinaciones de un dudoso proceso eleccionario que calentará la sangre de un singular peón, valiente y consecuente, como muchos en el anonimato del tumulto pero como pocos en el duelo uno a uno, dando cuenta de un suceso con tres marcadas aristas: la corrupción, que se visibiliza en actos delictivos de funcionarios y autoridades públicas, que de cara a la sociedad dan muestras de ética y moral, pero erosionan el

noble espíritu ciudadano a sus espaldas; la venganza, que acompaña al hombre y a la mujer desde su creación, en cuyo desquite el afrentado puede recurrir a los recursos más insospechados con tal de responder al acto de desagravio; y la muerte lenta, que goza y disfruta la llegada del fin en avance retardado, carcomiendo los tejidos, como alargando el placer del desquite, como eternizando la satisfacción de contemplar como la vida se diluye.

Palabras aparte merece el reconocimiento a la archivística. En rutilante derrame de inspiración, en tiempos de ajuste de cuentas, la figura del archivero revela la importancia de los ficheros, de la trascendencia de preservar y conservar documentos sensibles, sobre todo en momentos de crisis social y anhelo de justicia, aunque sea retroactiva, manteniendo por los siglos el eco de un disparo.

Si bien algunas novelas históricas cargan fechas, lugares y personajes olvidados, que obligan al lector a mantener el interés en una infumable lectura, apelando a su estoica capacidad de atención, *Hay Amores que Matan* constituye un relato que apasiona desde las primeras hojas, en sazónada gramática que transmite los olores del fogón gaucho, el aroma del mate cebado y el vibrato del ronco guitarrón pampino. La obra mantiene una relación de amor y odio con la angosta faja de tierra, al afirmar que «el mejor vino es el chileno» y declarar por su parte que «Chile era la guía que encendía Europa», aludiendo a la receptación de robos y hurtos desde la pampa argentina hacia los reducidos chilenos.



La descripción del crimen es barroca, en una mezcla de cráneo escamado, orina ensangrentada y heces mechadas, con manchones de pelo cayéndose a pedazos y dientes que se quiebran en un maxilar sin fuerzas. Destaca el perfil gallardo del protagonista, varón fiel y leal, que solo es capaz de sacar la mejilla cuando trastocan sus valores, dándole a su oponente por donde más le duele.

Hay Amores que Matan es una obra del novelista y ensayista Néstor Ponce que ejemplifica como narrar la historia de un país sin caer en el aburrimiento, como ofrecer un hecho policial que atrape al lector y como rescatar figuras de la escena actual, tan importantes e invisibles a la vez como el archivero en estos oscuros días de justicia. **TN**

César Biernay Arriagada

Escritor, profesor y bibliotecario (1976), se ha desempeñado durante más de veinte años en la Policía de Investigaciones de Chile profundizando el estudio de la criminalística y criminología. Entre sus obras destacan *Héroes y Mártires PDI: Una promesa cumplida*; *Trupán, pasado y presente de mi pueblo*; *Periplo de un billete de luca*; y *Macabros: Historias de asesinos despiadados que intentaron el crimen perfecto*. El 2010 colaboró en la compilación de los cien casos emblemáticos de la Brigada de Homicidios y el 2017 colaboró en la desclasificación del archivo del Departamento 50 de la PDI, los Cazanas Chilenos.



La venganza del aparapita

Bartolomé Leal

Ediciones Nuevo Milenio
Cochabamba-Bolivia

www.ecdotica.com

La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la **Pequeña Entrevista Policial** se irán entregando en los próximos números de **Trazas Negras**.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Javier Chiabrando

Santa Fe, Argentina, (1961)

«La novela policial es una forma de burlarse del poder por las veces que el poder se burló de nosotros; de dejarlo al desnudo por las veces que nos dejó en bolas. Y una vez lograda la burla, no hay otra que seguir escribiendo novelas policiales para resistir el ímpetu de la venganza del poder, que llegará».

«Escribo novelas policiacas o negras porque me sale mejor que otra cosa, y me sale con cierta naturalidad, mientras que otro género tengo que pensarlo o ponerme a estudiarlo. Además me gusta como lector. Me parece que la novela policial es un reivindicación del argumento (entre tanta santa posmoderna) como columna vertebral (o una posible) de la literatura».

«De mis novelas me gustan *Todavía no cumplí cincuenta y ya estoy muerto* editada por Océano de México, y *Barataria de España* y *Caza Mayor*, editadas por Edivim de Argentina».

«Mi detective de ficción favorito: para no decir Malowne o algo así de obvio, elijo el marginal sin nombre y encerrado en un manicomio de *La aventura del tocador de señoras y otras*, de Eduardo Mendoza».

«Mis tres autores policiacos favoritos son: Raymond Chandler, Juan Sasturain, Vázquez Montalbán; si alguno se lesionara entraría Simenon, que también está para titular».

«Mi película policial o negra favorita es: *Más allá de la justicia* de Bertrand Tavernier, basada en 1280 Almas de Jim Thompson».

Leonardo Padura Fuentes

Cuba (1955)

«La novela policial es una historia en la que, al entrar en ella sabemos poco o nada. En algún momento aprendemos algo, pero no sabemos quién o por qué. Y al final, si es posible, sabemos más. Si todo este proceso se desarrolla con bellas palabras, suele ser una buena novela policial, algo muy difícil de escribir».

«Escribo novelas policiacas o negras porque intento escribir una que sea buena, mejor que las que leo».

«De mis novelas me gustan todas».

«Mi detective de ficción favorito es Philip Marlowe. Una obviedad».

«Mis tres autores policiacos favoritos son Dashiell Hammett, Raymond Chandler y James Cain».

«Mi película policial o negra favorita es *El halcón maltés*».

Mi nombre es Valentina, pero hasta hace unos años, todos me decían Vale. A mí no me gustaba que me dijeran Vale porque sonaba como que estuvieran consultando el precio de un objeto, así que transé en Valy; con y griega, porque me gusta más como se ve.

Les quiero contar los que nos pasó a mi familia este verano y entremedio les contaré más acerca de mí.

Al regreso de vacaciones de la playa, un día sábado a eso de las seis de la tarde, al entrar a nuestra casa encontramos el cadáver de un hombre dispuesto sobre la mesa del comedor. Sé que suena extraño. Imagínense como fue para nosotros. La primera en enterarse fue mi mamá. Portaba bolsas con algunos víveres que habían sobrado en la casa que arrendamos en el balneario y otros que habíamos comprado en el camino. Pretendía guardarlos en el refrigerador lo antes posible. Al entrar a la casa se encontró con el espectáculo. El grito de mi madre se debe haber escuchado hasta en las casas vecinas. No alcanzó a salir de la casa, se cayó, o se dejó caer, casi desmayada, en el sofá del living. La segunda que lo vio fui yo. Estaba prolijamente vestido con un traje azul, camisa blanca, corbata roja, zapatos negros relucientes y calcetines azul oscuro. Era de piel oscura y contextura atlética y se me figuró que debía ser alto porque los tobillos y los pies sobresalían más allá nuestra mesa. Tenía un orificio en la frente, rodeado de manchas negras, que supuse que eran de sangre coagulada. Sobre su pecho reposaba una caja amarilla en cuyo borde se leía 25 MONTECRISTO N°. 3. Salí corriendo a contarle a mi papá, quien estaba descargando la parafernalia que trajimos de regreso del veraneo, mientras mi hermano se ocupaba de llenar con agua el bebedero del perro. El papá no me creyó.

—Déjate de lerear, Valy. Toma —dijo, acercándose una bolsa con verduras —llévaselas a tu mamá.

—No papi, es verdad —repuse, sin aceptar la bolsa— la mamá esta choqueada. Parece que se desmayó en el sofá del living.

El papá me observó inquisitivamente, y al ver la seriedad y desesperación aflorando en mi rostro, caminó esbeltamente hacia el interior de la casa.

—No toquen nada, en ninguna parte de la casa —ordenó y extrayendo el teléfono de uno de sus bolsillos, marcó el 133.

La policía —los carabineros— tampoco le creían y tuvo que repetir varias veces el fantasmagórico cuadro que tenía frente a sus ojos.

Yo me advertí que los carabineros deben haber creído que mi papá estaba medio chiflado. Pero, en fin, pronto llegaron dos en un auto policial —radio-patrulla—, circunspectos, listos para esposar a mi papá y llevárselo al manicomio.

La sorpresa se apoderó de los policías. Se demoraron minutos en reaccionar, mirándose entre ellos sin atinar a tomar decisiones. Por supuesto que tal reacción era entendible.

—¿Lo conocen? —preguntó uno de ellos, supongo que el sargento. Nunca he aprendido a diferenciar el rango de los pacos por los galones y barras en el uniforme: sargento, cabo y paco raso. Supongo que el que viste el uniforme con más «V» y estrellas en los galones es el de más alto rango.

Mi papá se acercó un poco al cuerpo, que ya hedía un tanto, y estudió su rostro unos segundos. Luego, apretó los labios y negó con la cabeza. Mi hermano menor y yo dijimos que no. Mi mamá, aún repantigada en el sillón, no dijo nada. Cubría sus ojos con una de sus manos y con la otra se apretaba el pecho.

El sargento regresó al auto policial y se comunicó con la comisaría.

—Abramos las ventanas —propuso mi papá.

En cinco minutos apareció otro vehículo policial del cual se apearon dos carabineros.

—Soy el teniente Torrealba—dijo el con más V en los galones de su uniforme.

—¿Nunca han visto a esta persona? —preguntó. Yo me di cuenta que entre «lo conocen» y «nunca lo han visto» hay una diferencia substancial. Pero la respuesta a esta segunda interrogante, de todos los componentes de la familia, también fue negativa. Excepto, claro está, de mi mamá, porque ella no le había visto el rostro al cadáver. No tenía la menor intención de acercarse desde el otro lado del living hasta el comedor.

El teniente —no sé si teniente segundo, tercero, o lo que fuere— se retiró hacia su auto policial. El sargento se dedicó a analizar la cerradura de la puerta de la casa y la de la verja del antejardín, y los otros dos uniformados se quedaron acompañándonos en silencio.

—No se ve nada forzado —dijo el sargento desde la antesala, voy a revisar la parte posterior de la casa.

En ese momento regresó el teniente.

—Vienen en camino a retirar el cuerpo —nos informó, restregándose la columela de la nariz con el nudillo de su dedo índice. —Debe haber fallecido hace unos tres días —agregó, alzando las cejas.

—Cortaron el cable de la cámara de vigilancia, destruyeron la cerradura de la puerta de la cocina. No forzaron la puerta de metal del jardín, pero es muy fácil abrirla con una tarjeta de plástico. Ya lo probé —informó el sargento, de regreso de su exploración.

—Traiga guantes y una bolsa para guardar evidencias, Riquelme; tenemos que llevarnos la caja —ordenó el teniente a su ayudante, indicando con el índice la caja de Montecristos.

A la media hora llegó una van con las iniciales SML en grandes letras azules. Son las iniciales del Servicio Médico Legal, que es como el nombre oficial de la morgue.

—Venimos a levantar al fallecido y trasladarlo —informó el jefe de los dos individuos forrados en delantales blancos, dirigiéndose más a nosotros, que permanecíamos agrupados en los sillones del living, que a los carabineros.

En un par de minutos regresaron con la camilla y entre los dos, colocaron el rígido cadáver sobre ellas y desaparecieron por la puerta de entrada de nuestro chalet.

El teniente tomó nuestros datos y anotó la dirección: calle Anaxímenes 475, Ñuñoa. Nos dijo que muy probablemente tendríamos que comparecer a declarar lo sucedido. Que nos citarían al juzgado.

—Teniente, quiero pedirle un favor —dijo mi papá, —si esto se cuela a la prensa, por favor, no divulguen nuestros nombres ni la dirección de la casa.

—Entendido —aceptó el teniente Torrealba—, no se preocupe.

Una vez solos, salimos todos a la calle para ver si los vecinos se habían enterado de lo ocurrido. No había un alma en la calle. Supuse que todos ellos seguían aún veraneando en la playa.

—Vamos a comer en la cocina —dijo el papi. —Mañana voy a desinfectar la mesa del comedor.

—Yo no quiero saber de nada —dijo mi mamá, mientras subía la escalera al segundo piso, para desaparecer hasta el día siguiente.

El lunes vino un cerrajero y cambió las cerraduras de la verja del jardín y la de la cocina. Después vino un carpintero que reforzó la pilastra de la puerta con una pletina de fierro, y finalmente vino un técnico de la empresa de seguridad que reparó el cable de la cámara de seguridad. Además, analizó el video hasta el momento que cortaron el cable. Se pudo observar, en la oscuridad de la noche, a dos individuos encapuchados. Uno de ellos abrió la verja del jardín en un minuto. El otro extrajo una escala desde una camioneta estacionada frente a la casa y entre los dos la apoyaron en la muralla, al lado de la cámara. Se vio al que subía con la capucha y las manos enguantadas, tapándose el rostro. Y fin. La fecha: jueves a la 01:33. El cadáver reposó sobre nuestra mesa de comedor dos días y 17 horas. Claro que no sabemos cuándo lo mataron.

II

Durante unas semanas, las conversaciones en nuestro hogar revolotearon alrededor de la aparición del cadáver. Mi papá me explicó que los Montecristo son habanos cubanos de muy buena calidad. Aquí a los habanos les decimos puros. Luego elucubró de que el asesinato había sido por un ajuste de cuentas entre narcotraficantes o debido a una guerra territorial.

—¿Pero por qué lo dejaron en nuestra casa?

—No sé —me respondió.—Tal vez para confundir a la policía.

Si como mi papá dice, el asesinato se debió a un ajuste de cuentas, sería lógico que el cadáver debería haber sido depositado en la mesa del comedor de la casa de los rivales. Vale decir, los habitantes de esa casa deberían ser traficantes. Pensé en todas las familias que conocía en el vecindario y ninguna me pareció que eran traficantes de drogas. Pero no soy tan ingenua como para pensar que, si alguna lo fuera, lo revelaría a diestra y siniestra.

No confío en la habilidad investigadora de los carabineros, por lo que me propuse investigar el caso yo misma.

El lunes, inmediatamente después del sábado del narco-hallazgo —así lo nombré yo y la perífrasis se popularizó entre los miembros de la familia— la noticia apareció en la prensa. Afortunadamente era escueta y discreta. «En una casa de Ñuñoa se encontró el cuerpo sin vida de una persona desconocida. La policía investiga el suceso. El desconocido fue víctima de cuatro disparos a corto rango con una pistola calibre nueve milímetros, uno le perforó la frente y los otros tres impactaron su tórax. Se sospecha de un asesinato perpetrado por miembros de una banda de narcotraficantes, aunque esta apreciación es meramente una inferencia». Tres días después la noticia tuvo un seguimiento. Por medio del análisis de las huellas digitales, la policía determinó la identidad del occiso y constató que había cumplido condena de cárcel por un período de cinco años por robo con intimidación con arma de fuego. El asalto lo había efectuado sin cómplices. Había recuperado su libertad hacía tres años, después de lo cual, se le había perdido la pista. Esta fue la última noticia que apareció en la prensa y el caso se lo tragó el olvido.

III

Pronto, en realidad en siete meses más, voy a cumplir quince años. Desde chica me gustó leer libros, la mayoría de la biblioteca de mi abuelo. A los ocho años leí un libro que me hizo reír y llorar: *Corazón* de Edmundo De Amicis. Después leí de todo, *La Isla del Tesoro*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Martín Rivas*, *El Socio*, *El niño que enloqueció de amor*, *El conde de Montecristo* (como el nombre de los puros), por supuesto algunos de los de Harry Potter y muchos otros más, entre ellos *El perfume* de Patrick Süskind. Nombro esta novela por algo especial; ya verán.

Yo no soy como las demás niñas del curso, o del colegio en general. Yo no le digo a mis compañeras que estoy todo el día leyendo en vez de pegada al celular. Si les digo, me harían burlas. ¿Te crees una intelectual? ¿Un genio?

Yo no fumo marihuana. Cuando tenía doce años y medio la probé. Mejor dicho, traté de probarla para sentir su efecto, pero no me resultó porque no pude inhalar el humo por falta de costumbre, porque tampoco he fumado cigarrillos.

Resalté la lectura de *El perfume* por una razón. Para aquellos que no lo han leído, se trata de un muchacho que tiene un sentido del olfato súper agudo, incluso mejor que el de un perro, por lo que es capaz de percibir quien

se acerca a la casa donde vive cuando la persona está aún a media cuadra de distancia, sin haberla visto.

Yo he notado que las mujeres tenemos mejor sentido del olfato que los hombres. Mi mamá me ha dicho que cuando yo era más chica, tenía olor a té, un cierto tipo de té —té con aroma a limón, a rosas, a manzana; no sé—. Que mi hermano tenía, y todavía tiene, según ella, olor a leche. En algunas novelas escritas por mujeres, hay personajes femeninos que después de haber perdido al amante en una guerra o por abandono— dicen «todavía me acuerdo y huelo su olor». No estoy hablando ni de fragancia ni hedor, simplemente de olores particulares. Las mujeres no son sólo capaces de identificar a sus hijos puramente por sus olores, —como una perra o una gata sus cachorros—, pero, además, aseguran que pueden diferenciar entre sus amantes por el olor de su piel.

Unos meses antes de cumplir catorce años tuve una experiencia amorosa que duró dos meses. La primera y única hasta el momento. Y efectivamente me acuerdo muchas cosas de ese muchacho y una de ellas es como olía.

IV

Casi todos los días, a la hora del crepúsculo, saco a pasear a Curzio, que así bautizó mi papá a nuestro fox terrier. Es blanco con algunas manchas negras disparejas. Se supone que esta raza no es de las más inteligentes, pero este perro desafía esa categorización; es de una inteligencia privilegiada. Entiende y obedece a lo menos veinte o más comandos —varios de ellos en inglés, escogidos por mi papá porque son más cortos que en castellano, y por eso son más fáciles para el perro—, tales como «sit» (siéntese), «daun» (échese), «hola» (salude con la mano), «aut» (salga de la casa), «vamos», etcétera. Por los movimientos del amo o por las etapas del día anticipa las acciones por venir. Basta que me acerque a él en el patio, al atardecer, para que se aproxime al lugar donde cuelga su trailla. Sabe que es hora de ir a pasear. Aunque lo más importante para mí es su actitud de avisar cuando algo inusual sucede. Se acerca a mí con la vista fija en mis ojos, arañando suavemente el empeine de mis zapatos, emitiendo un quejido. Basta que yo diga «ya», para que gire sobre sí mismo y me guíe hacia el lugar donde ocurre algo extraño. Lo hace cuando advierte un perro nuevo en el antejardín de una casa del vecindario, o cuando hubo una mudanza y olores nuevos aparecen en la verja de entrada de una casa, o cuando se encuentra una paloma muerta, o un gato

arranca ante la amenaza canina (aunque Curzio nunca persigue a los gatos). Es lo que sucedió una noche, unos dos meses antes de que nos entraran a regalar el cadáver.

Gracias a su buena educación, y a que a esa hora del atardecer casi nadie circula por las aceras de vecindario, dejo a Curzio libre de la trailla. Yo lo sigo a paso rápido y él correteando, se detiene a oler rincones, pasto y pie de árboles, usualmente husmeando con la nariz a ras del suelo. Cuando se da cuenta que yo me he quedado rezagada, regresa corriendo y hopeando su cola me echa un vistazo para que yo apruebe su conducta con un «bien». Esa tarde caminábamos por la calle Anaximandro, que es una calle paralela a la nuestra, cuando Curzio se detuvo frente a la verja de una casa, con la cabeza apuntando hacia arriba, olfateando el aire. Al llegar junto a él encontré la razón de su obvio comportamiento. Un aroma desconocido flotaba en el aire, proveniente de las hojas de los arbustos. Inhalé con ahínco para tratar de descubrir el origen de ese olor. Fue en vano. Curzio y yo sabemos que cada planta tiene su olor característico. ¿Planta nueva?, me pregunté.

—Vamos —dije, y proseguimos la marcha.

Al llegar a la esquina doblamos hacia el poniente por calle Sócrates y luego hacia el norte, para caminar por otra calle paralela a la nuestra que se llama Platón. Al llegar a la esquina doblamos hacia el oriente para comenzar el retorno a casa, en la calle Anaxímenes.

V

Durante un mes hice de mis sesos un ovillo, pensando en cómo dilucidar el asesinato. Tres hechos estaban claros: La intención de «el» o «los» homicidas era amedrentar a los habitantes de una casa. El homicidio fue por venganza, para ajustar cuentas o para evitar competencia. El occiso fumaba, contrabandeaba, distribuía o vendía puros.

Mi papá es ingeniero calculista y trabaja para una empresa minera canadiense, en sus oficinas aquí en Santiago. Mi mamá también trabaja, pero su actividad no es pertinente; no en relación a esta historia. Estaba yo en mi cuarto, en el segundo piso de nuestra casa, cuando escuché llegar a mi papá. Cierra la verja del jardín sin acompañarla sino empujándola, provocando un ruido metálico característico. En ese preciso instante, extrañamente, Curzio comenzó a ladrar y gemir. De inmediato capté que quería comunicarme algo. «Algo huele mal en Anaxímenes», me dije. Dejé el libro de Agatha Christie tirado en la cama, sin preocuparme de marcar la página que leía y bajé saltando los peldaños de tres en tres. Me lo encontré frente a la puerta de entrada a la casa. Curzio no tiene permiso para entrar a la casa y no lo hace aun cuando la puerta se encuentre entornada. Esta vez, sin embargo, buscó mis ojos y entró corriendo hasta el living, donde mi papá, aún sin haberse quitado su parca, revisaba la correspondencia. Se detuvo frente a mi padre sin dejar de gemir y alternaba su mirada entre los ojos de mi papá, y volteando la cabeza, los míos.

—¿Qué le pasa a este perro? —preguntó.

—Lo que pasa es que hiedes, papá.

—¿Todavía se huele?

Yo no sabía que en otros países cuando nace un bebé —bueno, una guagua—, el padre regala a sus amigos un puro. Es una costumbre que se cree empezó en Estados Unidos, copiando a los indios norteamericanos que la practicaban desde tiempos ancestrales. Luego se propagó a otros países. La costumbre ha ido desapareciendo porque ya no se puede fumar en ninguna parte, menos puros.

El papá me contó que Dennis, un geólogo canadiense que trabaja en la empresa, había recorrido las oficinas regalando puros y anunciando que su esposa había dado



a luz un varón. Al término de la jornada, un grupo se había juntado en un minúsculo patio junto al edificio, el que alberga las oficinas de la empresa. Ahí, se habían sentado a fumar sus puros, quedando todos con sus ropas impregnadas con el humo.

—No se inhala —me aclaró al término de su relato, y extrayendo un tubo de metal del bolsillo, desatornilló la tapa y me mostró el puro, la mitad que no alcanzó a fumar. —Ven —agregó, y salimos al patio. Lo prendió, aspiró sin inhalar y exhaló el áspero humo hacia el cielo.

—Es fuerte —le dije, regresando a la casa. No tenía intención de oler a puro. El olor queda retenido en el pelo.

Finalmente supe como huele el humo de un puro. Esa noche, después de la cena, salimos a caminar con Curzio, esta vez con un objetivo específico. Nos dirigimos a la calle Anaximandro, directamente a la casa en cuya entrada, hace cuatro meses atrás, detectamos, Curzio y yo, el aroma punzante, acre, envolvente, con reminiscencia de humo de incienso y aroma a café tostado de un buen puro cubano, como por ejemplo un Montecristo N°3. El número de esta casa, en la calle Anaximandro, era 475, idéntico al de nuestra casa, en la calle Anaxímenes.

VI


No fuimos a la comisaría. Fuimos a la policía de investigaciones, sin Curzio, y mi papá pidió hablar con un comisario. No fue fácil convencer al comisario de que el cadáver que apareció en nuestra casa en calle Anaxímenes 475 estaba destinado a aparecer en la mesa del comedor de la casa de la calle Anaximandro 475, y que antes de su deceso, el fulano fumaba habanos cubanos y que había estado en esa casa dos meses antes que lo mataran.

Epílogo: Los habitantes de la casa de la calle Anaximandro resultaron ser una familia común y corriente de clase media de Ñuñoa. Pero la policía de investigaciones no quedó satisfecha con las apariencias. Hurgando en cuentas bancarias, en el teléfono celular y en documentos, encontraron que el dueño de casa, fuera de su negocio de exportaciones de productos de artesanía chilena, se dedicaba al lavado de dinero de procedencia ilícita y era el encargado de trasladar las suculentas sumas de dinero que, desde otros barrios menos «acomodados», llegaban hasta su casa de buena familia en Ñuñoa y trasladarlos a bancos extranjeros, para después reingresarlos como ganancias lícitas al país.

¿Quién era el occiso y quiénes fueron los asesinos? Nos enteramos por la prensa que el fumador de puros trabajaba para el dueño de casa y era el encargado de trasladar el dinero en efectivo que le entregaban los narcos al hogar en Anaximandro 475. Aparentemente el sujeto recortaba parte del dinero para su propio acervo, más de lo que los narcos estaban dispuestos a compartir, por lo que decidieron eliminarlo.

—¿Por qué los narcos deseaban dejar el cadáver en la casa del exportador de artesanías? —Le pregunté al papá.

—Seguramente los narcos querían advertirle al dueño de casa que él tampoco debería recortar más de lo acordado, caso contrario, el próximo en aparecer sobre una mesa sería él, con una figurita de Quinchimalí sobre el pecho —dijo mi papá,

Acotación: Fue injusto que mi papá, en vez de Curzio, el sabueso, el Hércules Poirot de esta historia, no pudiera contar sus pesquisas, las que a la postre dilucidaron el caso. Estoy convencida que el humano habría sido incapaz de interpretar sus gemidos. 

Helios Murialdo

Doctor en microbiología. Ha ejercido la docencia y hecho investigación en Chile y Canadá. Ha incursionado en la narrativa policial y negra. Es autor de novelas, y cuentos suyos aparecen en compilaciones y antologías. Sus libros: *El amor llegó por el lado izquierdo*, Ed. The Split Quotation, Ottawa (1994) y Ed. Mosquito, Santiago (1996); *La iniciación*, Ed. Mosquito, Santiago (2008); *Órdenes superiores*, Ed. RIL, Santiago (2012); *La laucha y el senescal / The little mouse and the seneschal*, Bilingual edition, Ed. RIL, Santiago (2015); *Entre un tango y una sonata*, Ed. Espora, Santiago (2016); *Licor negro*, Ed. RIL, Santiago (2017).



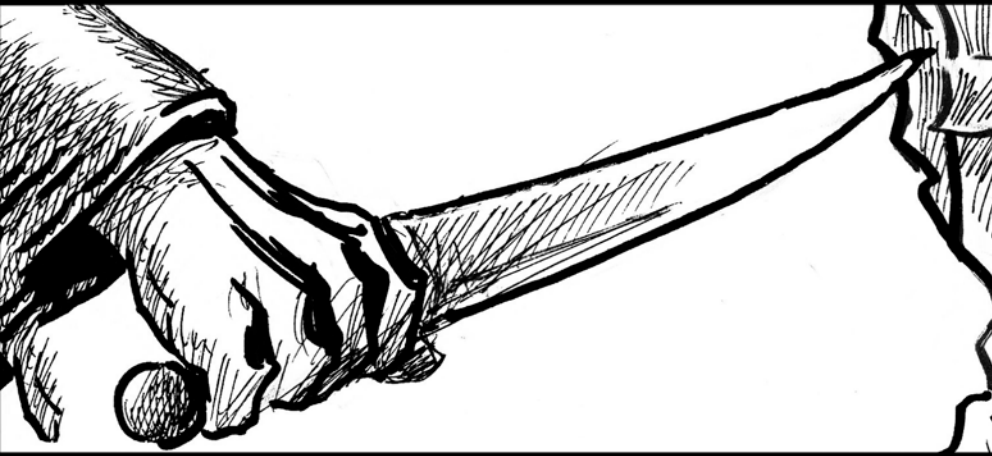
MAX CANALLA

MESES ANTES EN EL TALLER MECÁNICO DE JUANJO...



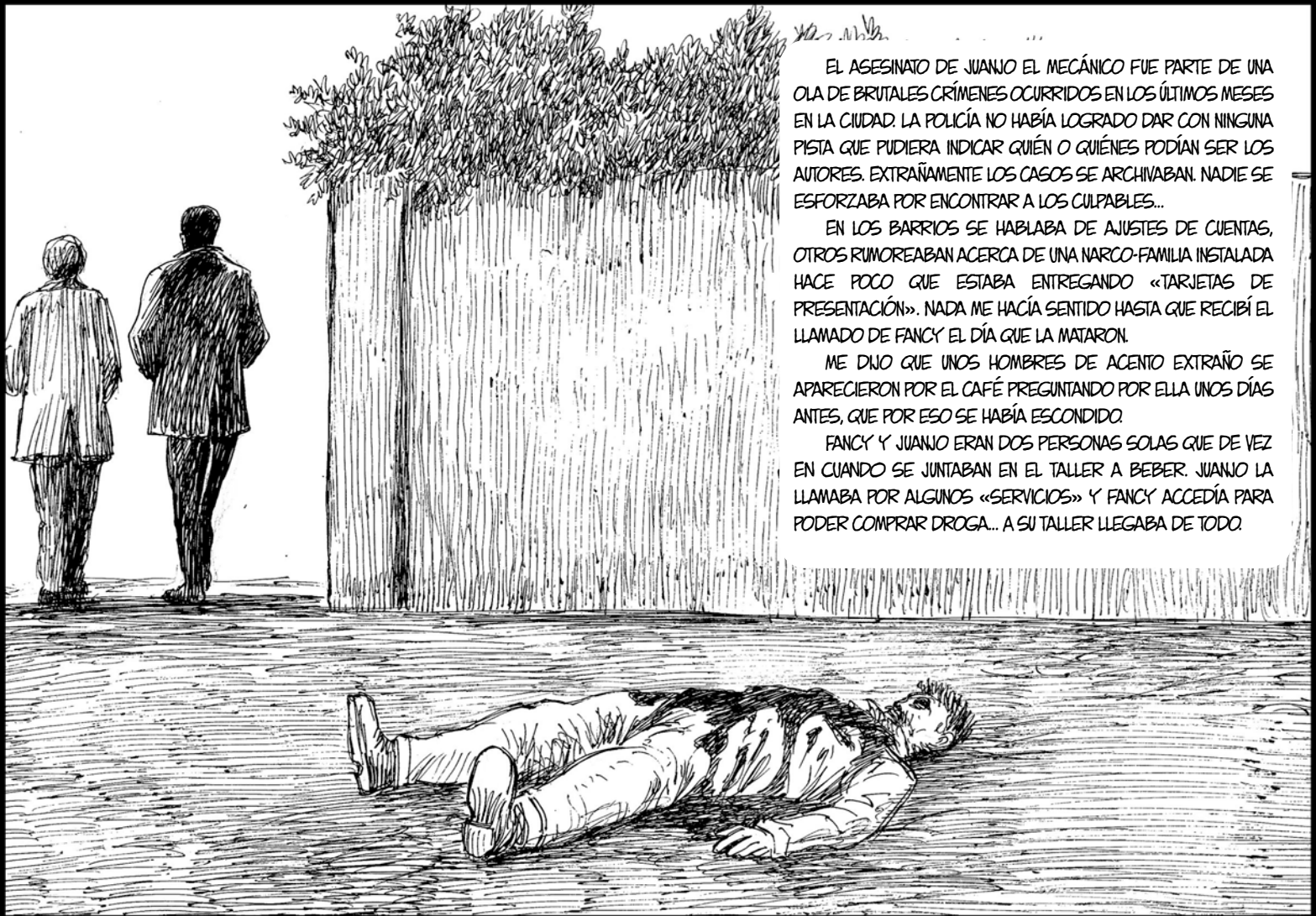


LE JURO QUE NO TENGO LA MENOR IDEA ACERCA DE DÓNDE ESTÁ.



SE LO RUEGO. LE JURO QUE NO HE ABIERTO LA BOCA. NADIE LO SABE.

DESPÍDETE DE ESTE MUNDO, SOPLÓN. EL JEFE TE MANDA ESTE REGALO.



EL ASESINATO DE JUANJO EL MECÁNICO FUE PARTE DE UNA OLA DE BRUTALES CRÍMENES OCURRIDOS EN LOS ÚLTIMOS MESES EN LA CIUDAD. LA POLICÍA NO HABÍA LOGRADO DAR CON NINGUNA PISTA QUE PUDIERA INDICAR QUIÉN O QUIÉNES PODÍAN SER LOS AUTORES. EXTRAÑAMENTE LOS CASOS SE ARCHIVABAN. NADIE SE ESFORZABA POR ENCONTRAR A LOS CULPABLES...

EN LOS BARRIOS SE HABLABA DE AJUSTES DE CUENTAS, OTROS RUMOREABAN ACERCA DE UNA NARCO-FAMILIA INSTALADA HACE POCO QUE ESTABA ENTREGANDO «TARJETAS DE PRESENTACIÓN». NADA ME HACÍA SENTIDO HASTA QUE RECIBÍ EL LLAMADO DE FANCY EL DÍA QUE LA MATARON.

ME DIJO QUE UNOS HOMBRES DE ACENTO EXTRAÑO SE APARECIERON POR EL CAFÉ PREGUNTANDO POR ELLA UNOS DÍAS ANTES, QUE POR ESO SE HABÍA ESCONDIDO.

FANCY Y JUANJO ERAN DOS PERSONAS SOLAS QUE DE VEZ EN CUANDO SE JUNTABAN EN EL TALLER A BEBER. JUANJO LA LLAMABA POR ALGUNOS «SERVICIOS» Y FANCY ACCEDÍA PARA PODER COMPRAR DROGA... A SU TALLER LLEGABA DE TODO.



TODO LISTO, JEFE. CREO QUE AL RISO SE LE PASÓ UN POCO LA MANO, PERO PARECERÁ UN CRIMEN DE CELOS... ..DIGAMOS QUE TUVO UN GRAN FINAL.



LA CHICA SE LLAMA MAIRA. ES ENCANTADORA. ME ACEPTÓ UN CAFÉ PARA CONVERSAR ACERCA DE FANCY. ME DNO QUE NO LA CONOCÍA Y QUE UNA AMIGA DE LA UNIVERSIDAD LE HABÍA DADO EL DATO A SU JEFE PARA QUE HICIERA EL REEMPLAZO. ME QUEDÉ UN RATO MIRÁNDOLA...



...ERA COMO VOLVER EL TIEMPO ATRÁS DOS DÉCADAS. ME RECORDABA A OLGA CUANDO APENAS CONOCÍA LA CIUDAD.



SI NO TE MOLESTA, TAL VEZ PODRÍA LLEVARTE A CASA.



¿ESO ES PARTE DE LA RUTINA POLICÍACA?



LA VERDAD ES QUE TÉCNICAMENTE YA NO SOY POLICÍA. DIGAMOS QUE ESTOY RETIRADO. BUENO, UN POCO..

LE CONTÉ MI HISTORIA. LA CHICA ME ESCUCHÓ PACIENTEMENTE. ESA HISTORIA QUE LLEVO TIEMPO REPITIENDO COMO UNA MANERA DE ORDENAR MI MUNDO EN CAOS. SOLO DOS COSAS ME GUARDÉ: NO LE HABLÉ DE OLGA NI DE LA HERENCIA, MUCHO MENOS DEL GATO QUE ABANDONÉ A SU SUERTE EN LA CALLE, LA ÚLTIMA CANALLADA QUE PODÍA HEGERME A MÍ MISMO... ..LE HABLÉ DE MI TÍA, DE FANCY, AUNQUE SIN DARLE MAYORES DETALLES...




CON ESO TERMINAMOS. FALTARÍA SU FIRMA Y TODO SE HARÁ DE ACUERDO A SU VOLUNTAD



ESPERO QUE LLEGADO EL MOMENTO MAX SEPA HACER LO CORRECTO...



SEÑOR CANALES, SOY EL ABOGADO DE SU TÍA. LAMENTO DECIRLE QUE...



...ESTABA TODO TAN REVUELTO EN LA CALLE. PRIMERO EL MECÁNICO, DESPUÉS UN NARCO DE POCA MONTA AL QUE LE ARRANCARON LOS DEDOS Y LO DESANGRARON EN UNA VIEJA FÁBRICA DE ROPA ABANDONADA, LUEGO FANCY. ¿QUIÉN SERÍA EL PRÓXIMO?

MIRA FINALMENTE NO ACEPTÓ QUE LA LLEVARA A CASA. PENSÉ QUE TAL VEZ SE HABÍA SENTIDO INCÓMODA. POR UN MOMENTO PENSÉ EN LO PATÉTICO QUE DEBÍA VERME. SENTÍ QUE ESO SERÍA TODO. LE AGRADECÍ POR SU TIEMPO Y LLAMÉ AL MOZO PARA PAGAR LA CUENTA. ENTONCES SE DESPIDIÓ Y ME DIO QUE SE HABÍA DIVERTIDO CON MI HISTORIA. LE RECORDABA A SUS ABUELOS QUE TAMBIÉN ERAN GENTE DE CAMPO, IGUAL QUE MI TÍA. ME DEJÓ UN PAPEL CON SU NÚMERO Y ME DIO QUE PODÍA LLAMARLA POR LAS TARDES. QUERÍA SABER MÁS SOBRE EL QUEHACER POLICIAL Y LO QUE ESTABA INVESTIGANDO. LE PREGUNTÉ POR QUÉ ESTABA TAN INTERESADA...



«NO SÉ. ME GUSTA LEER HISTORIAS POLICIALES. SERÍA EMOCIONANTE QUE PUDIERAS RESOLVER EL CASO DE TU AMIGA...

...DESCUBRIR QUIÉN MUEVE LOS HILOS DE TODO, ¿NO?»

CONTINUARÁ

«El pueblo mapuche tiene mis respetos»

Ignacio Fritz a propósito de su nueva novela *Ñachi*

Ignacio Fritz es un escritor que se ha tomado en serio el oficio. Cosa difícil en este país donde todos somos, salvo excepciones, amateurs. Unos pocos cuentan con apoyos corporativos, políticos, religiosos o de otra índole, pero muchos y muchas tenemos que batirnos con nuestras uñas. Creo que a esta estirpe de independientes aguerridos pertenece Ignacio Fritz. La suya es, con las dificultades señaladas, una obra extensa. Particularmente en narrativa corta. Su último libro de relatos es *Splatterpunk* (2020). Animador de antologías, colaborador generoso de medios literarios, en fin, es de esos escritores a quienes ni hay que rogarles para que se produzcan; tampoco es de los que esconden su impotencia creativa tras justificaciones. Su más reciente libro es una novela breve, *Ñachi* (Ediciones Sietch, 2021) que comparte elementos del thriller y lo fantástico. Nuestro director Bartolomé Leal le ha formulado un cuestionario que Fritz respondió así:

—La colección en que sale tu libro lleva por título «Vintage Pulp». ¿Por qué ese guiño a lo antiguo y efímero?

—Creo que más que un guiño a lo antiguo y efímero, se apuesta por desacralizar la idea de que la literatura debe ser un producto elevado, para gente culta o similares. O sea, perdónenme, pero en la actualidad la literatura debe contener elementos más atractivos para darle la batalla a lo digital y a las series de TV. Una de las gracias que tiene la literatura Pulp, o de cualquier género duro, es que trata de mantener en vilo al lector, se preocupa por él, es consciente de que sin el lector no existes. Por tanto, las historias deben ser entretenidas, empáticas, reconocibles, y es curioso, yo como autor he tenido más influencia por el cine o las series del productor Quinn Martin, que para mí no son tan malas; de hecho, series como *A-Team* (Los Magníficos) fueron un estímulo cuando niño y los juguetes de He-Man y la extensa cultura popular estadounidense. La irrealidad en *A-Team* era manifiesta. En rigor, es una serie de género fantástico. Al final de los capítulos, estos mercenarios se agarraban a balazos, pero es increíble que nadie muriese. Nadie. O la serie *MacGyver*, donde el personaje con un tenedor era capaz de hacer un avión. Y ese tipo de historias funcionan con esos errores de verosi-

militud. Creo que la verosimilitud es una tara de escritor novato, o narrador de «realismo social». Hay que apelar a la coherencia interna y no a empezar a criticar porque un flaute puede hablar como cuico si es flaute, para dar un ejemplo que se me viene al boleo.

—¿Puedes elaborar más en ese aspecto?

—El Pulp tuvo relevancia en los Estados Unidos en la década de los 40, así como el western hasta mediados de los 70, y es por eso que autores como Elmore Leonard, por dar un nombre, escribieron con el lector como sujeto que debe entretenerse con lo escrito. Y no creo estar tan equivocado, porque hasta Cervantes ha tenido o escrito en base a la idea de que lo creado es un producto que debe cautivar a las masas. Ahora, el tema es que están los videojuegos en el día de hoy, y el libro ha pasado a cuarto plano, aunque también hay una relación con lo «vintage», porque los que leen generalmente lo hacen por el placer de pasar la hoja o el aroma de las páginas. El libro es un objeto que se rehúsa a morir. Con respecto a lo «efímero», como narrador tiendo a escribir relativamente rápido. Me dan risa esos autores que dicen que la escritura debe ser «lenta» y por «años». Bueno, cada quien tiene sus métodos, pero a mí no me resulta escribir más de unos cuantos

meses. Lo «efímero» es clave en la actualidad: todo es «efímero», rápido, de una. Me encantaría hacer una novela larguísima, de más de quinientas páginas, pero ahora por asuntos de costo se privilegia las novelas cortas. Últimamente me llama la atención que autores de libros largos estén haciendo cosas más reducidas. ¿Has visto lo nuevo de Joyce Carol Oates? Por suerte, lo primero que hay que hacer al escribir es el acto mismo de escribir. Aunque yo disfruto más con la lectura.

—En tu libro te acercas a la cuestión mapuche desde lo político y lo mitológico, ¿puedes abundar en esa doble opción?

—Lo político viene por un tema de que en general a los políticos de toda índole no les creo nada. A los de antes sí, pero no los de ahora, los de la Transición. Participé en la DC en 1997, de hecho, fui candidato a tesoro para los secundarios en la FESES de 1997. Lamentablemente quedé apestado con el tema de la política, me molesta que se le dé tanta cobertura mediática, tanta bola... Más que el tema mitológico de lo «mapuche», en mis textos siempre apunto a lo multipluralidad. Acá quería desquitarme con el Sistema en general: creo que el Sistema genera una sensación acomodaticia. Los escritores ligados a él cometen un error: no podrán escribir con libertad absoluta. Todos los sectores tienen una línea de pensamiento. Si adhieres a esa línea, estás bajo esa óptica. Los nazis, por ejemplo, no podrían permitir un escritor que defienda a los judíos. Con ellos quiero dejar en claro que toda literatura es panfletaria, tiene una línea de pensamiento individual y colectivo. Todo tiene un sesgo ideológico. Recuerdo que un escritor de la Nueva Narrativa Chilena, el mismo que me decía que había que escribir de manera «lenta», también comentaba que no hay postura ideológica en lo que se escribe. Falacia absoluta. Todo demuestra tu postura, hasta la manera en que te vistes o tus gustos más comunes. Lo mitológico es parte de lo mapuche y menciono ciertos aspectos, pero no ahondo demasiado: quería demostrar cómo el poder afecta a todo el mundo; cómo tiene una fuerza que mantiene al resto bajo su órbita, y que al final anula la libertad.

—¿Cuál es la base o la fuente de tu acercamiento a la rebelión mapuche y su expresión contemporánea? ¿Hay allí algún compromiso personal?

—El pueblo mapuche tiene mis respetos. Solo eso. En realidad, tiene mis respetos cualquier grupo social o cualquier persona que ha sufrido la denostación como una forma de aplacar su propia libertad o su forma de ser. Igual esa libertad debe contener los límites que toda sociedad debe poseer para el orden y las buenas costumbres. Pero a veces el orden continúa con la política del estancamiento, y en ese aspecto me parece válido que haya procesos sociales «desordenados», en apariencia, para comenzar un cambio rotundo, efectivo. Lo acaecido en octubre de 2019 es un ejemplo de cómo la inoperancia puede lograr que las personas se molesten, y vuelvo a decir que es un lastre el tema de la política en su conjunto, al menos en Chile y Latinoamérica. El desacierto comunicacional de «levántense más temprano» (eso creo que dijeron) provocó el descontento y comenzaron las revueltas sociales.

—¿Qué piensas de la forma en que se ha desarrollado ese proceso?

—No estoy de acuerdo con la destrucción y la violencia, tampoco con aquellos pontificadores estilo Bruce Lee que aparecen en matinales y escriben sus columnas de opinión. Digo estilo Bruce Lee porque se mantiene la creencia en el inconsciente colectivo de que fue el mejor en artes marciales, pero era el mejor porque en las películas que actuaba lo dejaban fuera de serie, excepcional, aunque tal vez en una pelea callejera sin cámaras fuese un peleador malo, rasca. Me parece igual con esos personajes que tienen programas culturales: se ven desde afuera como doctos, cultos, intelectuales y humanistas y justos, pero creo que es el efecto Bruce Lee. Probablemente frente a la audiencia estén preparados, con un telón negro, pero en la calle, donde están los ratones, la pobreza, no creo que sepan mucho. No tengo ningún acercamiento con el tema mapuche, solo de manera indirecta. El único compromiso personal radica en que no soporto a los políticos, me caen mal. El único tema es eso: detesto la política. Aunque todo es político. Recuerden a Aristóteles.

—**La traición y el doblez es un tema fuerte en *Nachi*. ¿Cuál es el marco ético en que desarrollas el tema?**

—Soy bastante lobo estepario y ácrata (pero no anarquista, que quede claro) y ermitaño y casi no tengo amigos. Conozco gente o me conocen, en realidad no sé. Igual en la calle siempre me topo con conocidos. Pero de los pocos amigos que tengo, estoy seguro que nunca los traicionaré. Con respecto al tema del «doblez» ... Probablemente todos tienen caretas con las cuales sobreviven, siendo una forma adaptativa como ese personaje, Zelig, de Woody Allen. Trato de ser de una línea, pero me he dado cuenta que serlo y decir lo que se piensa aquí es considerado como algo inapropiado. Recuerdo el lanzamiento de una antología de cuentos de ciencia-ficción en una librería del Parque Forestal y en la presentación dije algo como que «había camarillas», ya no me acuerdo mucho, y el librero me dijo después «para qué decirlo si ya se sabe». Es curioso, pero el doble estándar se aplica mucho, sobre todo a los que se las dan de seductores, esos mismos escritores que escriben para ellos mismos durante largos años. Mi marco ético es nulo en el personaje principal de *Nachi*, él solo apela a los impulsos primitivos; creo que se refleja que está mal de la cabeza. Ese señor carece de ética, solo es un actor represivo que obedece ordenes de parte del Estado.

—**Recurres a una forma de ficción futurista, con la acción ubicada en 2045. Pero no escapa al lector que tus referencias son a la contingencia actual. ¿Cómo has resuelto eso?**

—Que se desarrolle en veinticuatro años más no es demasiado tiempo a nivel histórico. Los procesos son lentos en materia social, sobre todo aquí, en el Tercer Mundo. Uso un tema contingente, pero en una mayor escala de desarrollo, tal vez como la punta de la pirámide donde ya está quedando la escoba con una guerra ficticia en el Sur. Aquí el tema de una supuesta guerra es una forma sutil, o no tanto, de retratar el conflicto como una guerra civil. Se sabe que en las guerras civiles todos pelean, incluso entre hermanos, como en la Guerra Civil Española. Lo expuesto en *Nachi* podría considerarse como una reflexión después de una guerra civil, aunque, claro, el pueblo mapuche no se considera chileno. En ese caso, puede que discrepe con ellos. Para mí siguen siendo chilenos: mapuche-chilenos. Como los afroamericanos en EE-UU. Con referencia a la contingencia actual, antes yo solía narrar de

acuerdo a mis propios intereses, en base a mis propias preguntas, algo muy individual, tal vez algo hermanable a lo que se entiende como «propiedad privada»; en este caso en la individualidad acotada de uno. Pero me he dado cuenta, después del Estallido Social, que estaba cayendo en el mismo juego del bien individual en vez del bien común: lo que hacen los políticos de ahora. Igual soy pesimista, creo que nunca habrá un cambio porque al «Poder» le conviene tener un rebaño detrás, todos ellos comprados y mantenidos, como un intercambio de favores.

—**En esa línea presentas personajes en clave, con nombres que para algunos son formas reconocibles de políticos o escritores de nuestro medio. Y les das duro.**

—Sí, en realidad no soporto a los lambiscones, a los chupamedias. Menos a los oportunistas. No soporto la idea del que quiere obtener «el éxito», entendiéndose como se entiende aquí: más plata o más figuración. O la «ambición» ... ¿Qué es eso? Otro concepto que no me agrada. Igual uno tiende a pisar el palito. No podía dejar de lado la idea de personajes de la narrativa chilena actual que se han instalado en base a una táctica para meter el dedo en la boca y caer bien. Es curioso, pero hace décadas, nunca le compré a un autor, incluso antes de que publicara, su onda lloriscona sobre su infancia en una población. Había algo en ese sujeto que me merecía sospecha. Quizá era una «interpretación arbitraria» mía, como

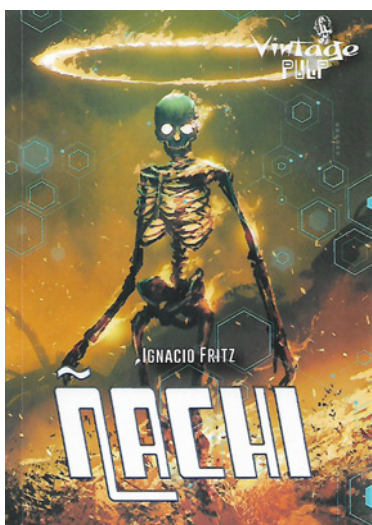
Ignacio
Fritz



se dice en psicología, pero este escritor, que sigue publicando y sacando libros como callampas, me resultaba un oportunista, en el sentido de que sus relaciones eran para cachar el mote de cómo funcionaba lo editorial y literario en Chile. Y le funcionó, obvio, porque terminó ganándose un premio importante y publicando en una transnacional. Vendía una imagen y la explotaba y siempre, siempre era humilde. ¿Por qué diablos la gente cae bien con la humildad y nunca con lo soberbio? ¿Por qué los chilenos aborrecen el ceño adusto, enojado, o a hablar a calzón quitado? Claramente el *establishment* literario chilensis, como está ligado al poder y a la holgura económica, actúa con estos personajes humildes con un apadrinamiento de dueño de fundo. Yo siempre caí mal. Siempre se me ninguneó. En una ocasión me trataron de «proto-escritor». Incluso fui engañado por narradores que veían en mí a un personaje estafalario; hablamos de mí época en el año 2000 a 2004. ¡Manga de pelotudos! Se me acercaban con ánimo de ver un espectáculo de circo. Incluso escritoras, de esas que hablan y ahora escriben de sus embarazos. Probablemente estos personajes me cagaron a mis espaldas con los que cortaban el queque a nivel editorial. Estoy seguro. Chile trata mal a sus talentos. Piensen en Gabriela Mistral, por ejemplo.

—El libro tiene un diseño poco convencional y abundantes viñetas que recuerdan a la ciencia-ficción. ¿De qué manera esto juega con el texto?

—Era decisión de la editorial para relacionar imágenes con el contenido. Es un librito de dimensiones pequeñas



para leer rumbo al trabajo. Algo humilde y divertido, como esos libritos españoles de Ediciones B. Uno nunca termina de aprender, incluso a ser «humilde». Asunto que no lo era antes, cuando tenía veinte años.

—¿Cuáles son tus proyectos literarios futuros? ¿Se acerca a la temática de *Ñachi* o lo consideras un tema superado?

—Los proyectos futuros son pocos, solo debo escribirlos. Los textos deben reposar algunos meses y siempre leo lo que escribo y voy corrigiendo al toque. Aparte, mi esposa tiene un magíster en edición y es (casi) técnico universitario en corrección de estilo en Uruguay. Ella suele corregir lo mío a veces, pero suele no hacerlo para evitar discusiones innecesarias. Estoy de acuerdo con ella. Igual, como escritor, ya no me creo tanto el cuento como a los veinte años. Uno con la edad tiende a preguntarse por qué escribe y para qué. Yo me metí muy joven en esto, sin saber nada, muy ingenuo y crédulo. Tampoco lo reflexioné: solo me tiré a la piscina. Esto llevó a que me «desequilibrara» bastante. Tampoco conocía gente del «ambiente». Vengo de la calle y he logrado harto si vemos que mi actitud no es lambiscona ni lloriscona. Creo que, si hubiese trazado un plan, como ellos, a qué rato estaría publicado en Anagrama. **TN**

Ñachi

(Extractos)

La Imperial, 19 de septiembre de 2045

El que escribe la saluda cariñosamente deseándole que los contratiempos de la guerra iniciada en la Araucanía no involucren su estado de ánimo, que me parece alterado a estas alturas del partido: usted no responde mis cartas y tampoco se ha comunicado conmigo ni con mis representantes, una llamada telefónica no cuesta nada, solo hay que marcar y esperar con el auricular pegado a la oreja: incluso podría utilizar un teléfono celular, y sería mucho más fácil, incluso podríamos tener una videollamada y ver nuestros respectivos semblantes. Por cierto, lo del auricular me remite a una época lejana, pasada, como *El amor en los tiempos del cólera*, la obrita del colombiano García Márquez; algo viejo, pasado de época.

(Continúa...)

(Viene de la página anterior...)

Sin embargo, ahora que lo pienso, estoy equivocado. Muy errado. Sí, creo que en la clínica Eleodoro Gunkel no le permiten hacer llamadas ni comunicarse con el mundanal ruido exterior. Es una Clínica de Rehabilitación privada, se paga por residir allí, al contado. Se estipendia una gruesa suma de dinero, y es cortesía del gobierno de Mimo Brazos Cortos.

Ahora, con respecto a la posibilidad de que usted sea una desalmada drogadicta, pongo las manos al fuego de que no es cierto, toqui Sakiñ Ayün Melen Ariñil Rausch. ¿Cómo una mujer de su talante pudo dirigir un ejército si es una yonqui adicta? No, claro que no: es otra calumnia, la leyenda infame de quienes desean desprestigiar su bella imagen de flor Rhadophiala araucana. Una adicta jamás hubiera logrado lo que usted y sus hermanos mapuche lograron hasta más allá de la Araucanía.

Un día como hoy, diecinueve de septiembre, se celebra la parada militar en Chile. Como es costumbre, desfilan nuestras fuerzas armadas. El ejército desfila con orgullo, mas ellos son los que defienden nuestra soberanía de ustedes; en otras palabras, son el enemigo de ustedes.

Pienso en las armas que ustedes barajaban contra el ejército de Chile.

1. Una flecha con punta de hueso
2. Una lanza de coligüe de cuatro metros de largo
3. La maza o macana con la que lograban aturdir a los efectivos que no usaban casco protector (y aun así los dejaban grogui, fuera de combate).
4. La boleadora: la más vil de todas sus armas.

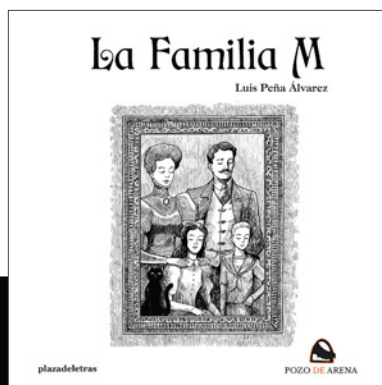
El espíritu guerrero de ustedes es cosa seria. Supongo que Mimo Brazos Cortos ha sido un inocente al tratarlos

a ustedes de terroristas, y tenerla a usted sometida en la Clínica de Rehabilitación con la excusa de que se está rehabilitando por su desmedido consumo de fármacos y drogas ilegales. Meros infundios.

Una campaña de desprestigio hacia su pueblo siempre ha estado en boga dentro de la gente del gobierno, ya sea de Mimo Brazos Cortos o la Gorda, o sea quien fuera que está profitando de su condición de mandamás del paisito con nombre de ají.

Ustedes —el pueblo más valeroso de Sudamérica, según los entendidos— son infamados por falacias transmitidas por los mass-media, los que detentan el poder culeado del imperium. Un imperium que —con constantes malones— ustedes han logrado arrinconar, aparte de que el Antimundo completo, a pesar de sufrir la devastación en Washington D.C. con la guerra nuclear (que en realidad no es una guerra propiamente tal; en realidad, fue un ataque nuclear), está tomando conciencia de que lo lampedusiano siempre has estado presente como un detrito que sale de la piel, como si te repasaras con aguarrás y la pintura, negra, no salga con nada. Una mierda.

TN



La Familia M

Luis Peña Álvarez

«Siempre es bueno tener libros nuevos para mostrar a los nietos»

«Las ilustraciones que nos recuerdan a Edward Gorey»

ENCUÉNTRALO EN:

www.elclub.cl

¡Hola señora Paula! ¿Le costó mucho llegar? — preguntó Ruth mientras se acercaba a la reja con las llaves en la mano, rodeada por sus dos poodle blancos.

Abrió la puerta y con un juego de pies cuidó que sus perros no salieran, mientras Paula les hacía el quite e ingresaba al pequeño antejardín de brillantes baldosas, a cada lado de la mampara había un macetero con ruda. Ruth empuñó la manilla para hacerla girar y con un empujón la puerta se abrió.

—Pase, esta es mi casa-salón, lo he ido armando de a poco, para atender a mis vecinas y hacerme unos pesitos extra. Acomódese en el sillón mientras yo me preparo.

Ruth caminó unos pasos y se perdió tras una cortina verde oscuro. Paula, dejó su cartera sobre una mesa, se acercó al espejo, levantó su chasquilla y con los dedos la deslizó hacía atrás, para ver el color de la raíz de su pelo.

—Ruth, creo que me tendrás que hacer los visos, este pelo está horrible, han pasado varios meses sin teñirme.

La peluquera, corrió la cortina y salió vestida con un largo delantal oscuro y arrastrando un carro con cepillos, ondulines y diversos frascos. Se acercó a Paula para revisar su cabello. Mientras iba levantando el pelo de los costados le dijo:

—Sí, vamos a tener que hacer tintura completa y un corte. Su pelo esta reseco, pero con un masaje lo vamos a recuperar.

Paula observó a un costado del espejo un letrero con la lista de precios.

—¿Qué productos usas? —preguntó.

—No se preocupe, le daré el mismo servicio del Marriott, yo tengo las muestras que nos dan los proveedores, claro que esto solo me alcanza para usted. A las vecinas de la población las atiendo con otras marcas que compro en Patronato, ellas no conocen la diferencia y solo les interesa que no sea caro —comentó la peluquera mientras amarraba al cuello de Paula una larga capa plástica.

Con maestría Ruth deslizó la peineta entre el cabello y fue marcando surcos sobre la cabeza, hizo unos cuantos lulos de pelo que afirmó con las pinzas. Paula miró a través del espejo un collage de fotos en blanco y negro que colgaba de la pared junto a la escala que llevaba al segundo piso. Al costado estaba el diploma de la Academia de Peluquería, las otras murallas estaban adornadas con recortes de revistas en que se mostraban distintos cortes, colores de pelo y peinados de hombres y mujeres.

—Qué alivio saber que podré seguir atendiéndome contigo, cuando me comentaste la posibilidad de venir a tu casa, lo dudé, me imaginé que era muy lejos, pero me vine por Vespucio hasta El Salto, seguí tus instrucciones y no me costó nada llegar. Tú sabes lo importante que es el pelo para mí, me tiño desde que conocí a mi ex, a él le gustaba verme rubia y yo me acostumbré con este color.

—Bueno señora Paula, ahora lo tiene que hacer por usted, eso que los hombres las prefieren rubias ya no corre, acá en la *pobla* han llegado unas morochas que dejan la *cagá* con las parejas, parece que ahora los *minos* las prefieren morenas, bien culonas y más exóticas.

—Una nunca sabe cómo y cuándo le va a pasar, pero el tema no es solo el pelo, también es la plata. Yo estaba acostumbrada con la tarjeta de crédito y ahora con la mesada que fijó el tribunal apenas me alcanza para vivir. A los niños no los puedo cambiar de colegio, hay que pagar universidad y ni pensar en mudarnos de casa, ellos tienen que mantener su estilo de vida. La que paga el pato en esta pasada soy yo. No sé cómo, pero tendré que gastar menos o conseguir una pega —dijo Paula mirando a través del espejo como la peluquera iba embetunando el pelo con una pasta azulosa.

—Qué difícil debe ser, yo encuentro que vivir en el barrio alto es más caro. Mire no más cuánto se puede ahorrar peinándose acá, yo cobro lo mismo que a mi me pagan en el Marriott, eso es menos de un tercio de lo que ellos cobran a las clientas. Pasa lo mismo con la verdura,

acá los martes tenemos feria y es más barata que las ofertas del Jumbo. Siempre llegan cosas baratas a la población, yo consigo ropa de buena marca a bajo precio, lo mismo pasa a veces con electrodomésticos y la carne. Cuando necesite algo, es cuestión que me avise y yo le consigo. ¡Ya estamos listas! Tenemos que esperar unos quince minutos —dijo Ruth, mientras le ponía una gorra de papel de aluminio.

Paula se paró y estiró su cuerpo inclinándose hacia atrás con las manos en la cintura, mientras Ruth fue a buscar una jarra de agua que vació en el hervidor eléctrico y preparó las tasas para tomar un té. De pronto, se sintió el golpe de la reja, los perros ladraron y tras los visillos, Ruth vio el triciclo del repartidor de cloro. Fue a la cocina, volvió con un par de botellas desechables y salió al antejardín.

—¡Hola Moncho! Dame una de cloro y otra de creolina ¿Ya pasaste por la casa de la tía Mercedes?

—No, ahora voy p' allá ¿Necesitas algo? —preguntó el repartidor.

—Sí, dile que yo estaré lista en una hora más y la puedo atender —en voz baja Ruth le dijo—, ahora estoy con una cuica del barrio alto, pídele a los cabros que cuiden ese auto blanco que esta en la calle.

—Quédese tranquila yo veo eso —respondió Moncho.

La peluquera entró a la casa con ambas manos ocupadas, y lanzando una patada hacia atrás cerró la puerta.

—Señora Paula, sírvase usted misma el tecito, yo dejo esto en la cocina y la vengo a acompañar.

Paula frente a al collage colgado en la pared, le pregunta a Ruth:

—¿Esta es tu familia?

—Sí, están mis papitos y mis hermanas, la más risueña soy yo.

—¿Y también está tu abuelita?

—No, esa señora es *misia* Juanita, la señora del presidente que organizó el comité de los pobladores y les entregó esta casa a mis papás. Ellos vivían a los pies del cerro cuando todo esto era un fundo, consiguieron esta casa porque tenían muchos hijos, fuimos siete hermanos, pero solo quedamos las cuatro mujeres, los otros murieron cuando chicos. Yo no me acuerdo porque fui la última, pero mi mamita siempre los tuvo presentes y les celebraba los cumpleaños, esos días tomábamos once con queque y les prendía sus velitas— Ruth, se llevó las manos a los ojos—. Me da mucha pena no tener a mi mamita.

Paula se acercó a Ruth y puso su mano sobre el hombro.

—Todos hemos tenido pérdidas, pero las muertes son irreparables. Debe haber sido muy difícil para tus papás sacar adelante su familia.

—Gracias a Dios tengo buenas vecinas, aquí nos criamos todos juntos, para la Pascua y el Dieciocho se cerraban los pasajes para hacer fiestas a los niños, esta población fue una bendición, a las calles le pusieron Solidaridad, Inocencia, Libertad, Justicia Social, para dejar valores a los niños ¡Ya vamos a enjuagar! Pase, siéntese aquí y eche su cabeza para atrás.

Ruth, parada frente al lavatorio, empezó a pasar la manguera por la cabeza de Paula y con sus dedos enguantados iba sacando la mezcla cremosa que tenía. Enrolló una toalla en la cabeza y ambas se instalaron nuevamente frente al espejo. Hizo funcionar un ruidoso secador manual y con movimientos circulares comenzó a revolver el pelo hasta dejarlo seco y de color amarillento. Con una brocha comenzó a esparcir la tintura sobre el cabello.

—¿Qué color me pusiste? —preguntó Paula.

—El mismo de siempre, rubio ceniza. Ahora treinta minutos con la tintura, enjuagamos, cortamos y quedará regia.

La peluquera acercó un vaporizador sobre la cabeza de Paula, puso el reloj con la alarma en treinta minutos y dejó a su clienta atrapada en un casco de calor. Se fue a barrer y poner creolina en el patio. Paula estiró su mamo para sacar el celular de su cartera. Al tomarlo se desplegó la pantalla llena de mensajes.

Valentina @ amiguis

Paula contesta

Bea@ amiguis

Si voy p allá

Maca@ amiguis

A las 5?

Valentina@ amiguis

Nos juntamos en la tarde? Tengo Kuchen

Paula desplazó su pulgar, abrió el wapps y empezó a teclear.

Me vine al Barriot jeje, una nueva peluquería. Ya no podía + con el pelo bicolor. Es todo muy folklórico ya nos vemos y les cuento.

Paula siguió revisando su celular hasta que sonó la alarma.

—¡Estamos! Voy al tiro —gritó Ruth desde el patio.

—Alguien está en la puerta, te están llamando Ruth.

—Voy, voy, debe ser la tía Mercedes, que tenía hora a las cinco —dijo Ruth, mientras buscaba las llaves para salir a abrir la reja.

En la puerta encontró a la mujer que cargaba en su hombro un bolso deportivo.

—Me va tener que esperar unos minutitos, ya estamos terminando con la señora Paula —dijo la peluquera, mientras abría la reja. Mercedes se acerca a darle un beso en la mejilla y le susurra al oído.

—Esta la *cagá* en Justicia Social, soltaron al Pedro y se agarró con el Moncho por una entrega.

Con el dedo índice sobre los labios Ruth replicó.

—¡Shitt! Estoy con una cuica, hágase la loca.

Ambas mujeres entraron riendo al salón.

—Señora Paula, esta es la tía Mercedes, una vecina, amiga de mi mamita que viene por un corte —mientras su clienta saca la mano debajo de la capa para saludar a la tía.

Paula volvió al lavatorio para el enjuague final. Terminado el lavado, las tres mujeres siguieron conversando frente al espejo.

—Tan cargada que anda tía Mercedes, ¿pa' donde va con ese bolso —preguntó Ruth.

—Tengo que hacer una entrega por allá arriba, voy a camino a El Huinganal. Me dicen que tengo que tomar la C429.

—Señora Mercedes, si quiere yo la encamino, eso queda al lado de mi casa, claro que no la puedo esperar —dijo Paula mientras hurgueteaba su cosmetiquero.

—Muchas gracias, me voy con usted y otro día vuelvo a arreglarme el pelo —respondió Mercedes.

—Así me gustan mis clientas, apenas se conocen y la solidaridad entre nosotras funciona —dijo Ruth mientras

sacudía los recortes de pelo rubio que quedaron sobre los hombros de su clienta.

Paula se acercó al espejo y revisó cuidadosamente su pelo, aprobó el corte y teñido, ahora solo faltaba peinarlo, por el borde de la cara las puntas hacia adentro y ondulado atrás.

Aún con el pelo tibio por la acción del secador, Paula terminó de pasar *rouge* por sus labios, se paró a buscar su billetera para pagar.

—¿Cuanto te debo?

—Son cuarenta mil pesos, ¿le gusta como quedó? Ya sabe, todos los martes tengo día libre en el Marriott y la puedo atender acá.

—Si me haré clienta frecuente, vamos señora Mercedes, yo le ayudo con el bolso —dijo Paula mientras sacaba un llavero de su cartera.

Ruth acompañó a sus clientas hasta la puerta, las despidió con un beso en la mejilla y se quedó mirando como salían del pasaje hasta que doblaron por calle Inocencia. Entró y mientras barría el despunte que estaba en el suelo, sintió un par de disparos, destellos de luz se reflejaron en el espejo y los perros corrieron a su encuentro, ella se agachó y acariciándoles les dijo.

—Mis cotitos hoy no podremos salir a pasear, parece que llegó mercadería.

Una nueva ráfaga rebotó por el pasaje. Ruth estaba limpiando los cepillos cuando sintió los gritos de Moncho

—¡Ruth, Ruth, se pitieron a la cuica y a la tía Mercedes!

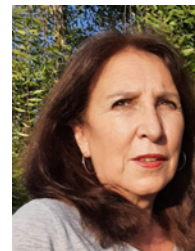
Ruth se acercó a la puerta y Moncho afirmado de la reja le dijo

—Parece que fueron los Peters. Yo zafé, pero ahora me voy a la cresta, tú éntrate.

Moncho salió corriendo en dirección al cerro. TN

Cecilia Jara

Socióloga de la Universidad de Chile, forma parte de la última generación del taller literario de Poli Délano. Como parte de su trabajo en ese taller tiene textos publicados en los libros *El taller de Poli Délano* y *¿Están escribiendo?*



Sobre el genérico, una música de órgano. «Preludio y fuga sobre el nombre de Bach», de Franz Liszt.

Plano general del altar. En él, un candelabro de siete brazos, con los cirios encendidos, rodeado de los instrumentos rituales: el incensario, los siete juegos de cordones, el cáliz para el vino, el cuenco para el agua y la patena para la sal. Siete collares de ámbar y azabache. Fondo negro.

I. Consagración de los cordones

Plano muy cercano de dos pares de manos que manipulan los cordones.

Plano general del Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa, desde atrás del altar, consagrando los cordones. Mascullan una letanía en idioma extraño. En la misma toma, el Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa se vuelven de espaldas, luego de dejar los cordones sobre el altar. Fundido.

II. Invocación a la Atracción de la Luna

Plano general del Sumo Sacerdote (con el altar al fondo), de perfil y de la Suma Sacerdotisa de pie, más cerca del altar, con ambas manos separadas a la altura de la cara, palmas al frente (posición del Pentagrama). El Sumo Sacerdote le da el Quíntuple Beso. Luego se pone de rodillas frente a ella, sus manos simulando un triángulo frente al sexo de la Suma Sacerdotisa. La Suma Sacerdotisa masculla en el mismo idioma extraño.

III. Invocación a los Señores de las Atalayas

Plano muy general del Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa rodeados de las siete brujas, cuatro del lado de él y tres del de ella. El Sumo Sacerdote con su túnica negra. En sus manos, el cáliz. La Suma Sacerdotisa con su túnica violeta y la patena en sus manos. Las siete brujas desnudas y los ojos cubiertos por una cinta de color, en

Primer plano del oficiante (el Sumo Sacerdote). Túnica negra. En su cuello una estrella de David. Luz desde abajo sobre la cara. Fondo negro. Fundido.

Primer plano de la oficiante (la Suma Sacerdotisa). Túnica violeta. En su cuello un ankh (cruz egipcia). Luz desde abajo sobre la cara. Fondo negro. Fundido.

distintos tonos de rojo y rosado. Atrás, el altar. El sacerdote masculla en el mismo idioma extraño.

Fin brusco de la música de órgano. Se apagan los cirios. Negrura total.

IV. Letanías

Mismo plano general anterior. En el altar, el candelabro parece arder (cirios reemplazados por luminarias de siete tonos distintos de rojo y rosado). El plano general se alterna con breves primeros planos de la Suma Sacerdotisa y de las siete brujas repitiendo las letanías, con fundidos rápidos.

SACERDOTISA: Herodías, hija de Berenice

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Herodías, madre de Salomé

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Herodías, verduga del Bautista

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Isis, madre de Osiris

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Ishtar en los infiernos

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Diana reencarnada

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Richela, madre de la riqueza

BRUJAS: Ruega por nosotras

SACERDOTISA: Irodeasa de Rumania

BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Reina de los elfos
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Reina de las hadas
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Epona, protectora de los caballos
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Frawn de Colonia
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Cibeles la grande
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Madona del Oriente
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Sibila la cruel
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Dama de Elche
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Dama de Amboto
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Virgen hurafía
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Osa Mayor, nodriza de Zeus
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Osa Menor, nodriza de Zeus
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Cenicienta descalza
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Señora de los animales
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Perra marrana
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Gata negra
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Chiva sagrada
 BRUJAS: Ruega por nosotras
 SACERDOTISA: Ménades y bacantes
 BRUJAS: Rueguen por nosotras
 SACERDOTISA: Hongos alucinantes
 BRUJAS: Rueguen por nosotras

V. Iniciación de primer grado: el Reto.

Se vuelve a oír el «Preludio y Fuga sobre el nombre de Bach» de Franz Liszt, esta vez en versión para piano.

Plano general de las siete brujas desnudas, de espaldas. Frente a ellas el altar. Tras el altar, un trono, donde una figura con máscara de macho cabrío y enorme miembro erecto se agita espasmódicamente. A su izquierda y más

abajo, en un trono más pequeño, la Suma Sacerdotisa en la posición de Osiris. Lento paneo circular de trescientos sesenta grados que pasa tras el altar (y los tronos) y vuelve a la posición inicial.

Durante el paneo, la Suma Sacerdotisa pasa el cordón por el cuello de cada bruja y amarra sus manos en la espalda. El Sumo Sacerdote toma con otro cordón las medidas rituales. La sacerdotisa amarra los pies de las brujas arrojadas, y les pasa el cordón por el cuello. Luego las hace apoyar las cabezas en el suelo. Todas quedan en esta posición, presentando la grupa, cuando finaliza el paneo. Fundido.

El Sumo Sacerdote inicia los azotes rituales. Baila al ritmo de la música y golpea sin orden. Cada golpe es acompañado de gritos breves que se van alargando, en ecos, como en un orgasmo. Primeros planos como flashes del rostro sudoroso del Sumo Sacerdote, del látigo, de las grupas golpeadas y marcadas, de las caras de las siete brujas (ojos cerrados, bocas abiertas) que se levantan de placer a cada golpe.

Sonido de gong. Corte brusco de la música. Silencio y oscuridad total.

VI. Iniciación de segundo grado: Representación de la Leyenda de la Diosa.

Plano general en picado de las siete brujas desnudas, en abigarrada masa de carnes rosadas, desamarrándose una a otra. En un rincón va apareciendo, en lento acercamiento, la figura del macho cabrío, siempre en su trono, hasta desplazar a las brujas. Fundido en el miembro erecto del macho cabrío.

VII. El fellatio sagrado

Se vuelve a oír el «Preludio y Fuga sobre el nombre de Bach» de Franz Liszt, esta vez en versión rhythm & blues, con guitarra eléctrica, bajo y batería.

Paneo hacia un plano general lateral que incluye a las siete brujas a la izquierda, el altar al centro y el trono a la derecha. Las brujas gatean en dirección al macho cabrío y se colocan en fila, las cabezas apoyadas en la grupa de la bruja delantera.

Primer plano semifrontal del trono. Una a una, las brujas proceden a besar y lamer, cada cual en su estilo, el

falo del macho cabrío hasta recibir el semen en la boca o en la cara.

Cada eyaculación, abundante, coincide con un momento culminante de la música (blue note).

Alejamiento hasta plano general de todas las brujas de rodillas frente al trono del macho cabrío. Fundido. La música se prolonga en el fundido negro, hasta desaparecer.

VIII. El osculum obscenum

Plano general del macho cabrío mirando hacia la izquierda. Se ven los cuernos, las alas de vampiro y la cola levantada. Su miembro prominente, permanece erecto. El torso ligeramente hacia adelante, las piernas abiertas ofreciendo las nalgas. A su derecha, en fila, las siete brujas desnudas y arrodilladas. En esa posición se acercan. Besan y lamen el ano del macho cabrío, que ríe de manera obscena y se contorsiona. El macho cabrío eyacula con cada beso negro.

El plano se mantiene fijo durante todo el ritual. En el extremo derecho, arriba, el Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa observan desde un palco iluminado por antorchas. Fundido en negro.

IX. Consagración del vino

Se vuelve a oír la música de Liszt en versión para órgano.

Plano americano del Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa consagrando el vino frente al altar, nuevamente con cirios en lugar de luminarias. Dentro del cáliz de plata, un puñal damasquino con guarniciones de plata.

X. Consagración del agua y bendición de la sal

Plano americano de la Suma Sacerdotisa, a la izquierda del altar, consagrando el agua en el cuenco de madera. Masculla palabras en un idioma ininteligible. Plano americano del Sumo Sacerdote, a la derecha del altar, bendiciendo la sal en la patena de oro. Masculla palabras en un idioma ininteligible.

XI. Consulta del espejo oscuro

Primer plano de la Suma Sacerdotisa consultando el espejo oscuro. Luz desde abajo.

XII. Iniciación de tercer grado: la Boda

Misma música de Liszt (sólo la fuga) en ritmo rápido e interpretada por caja de música.

Plano en semipicado del Sumo Sacerdote frente a la primera bruja arrodillada junto al macho cabrío, que se halla de pie. Coloca el collar de cuentas de ámbar y azabache en el cuello de la bruja. La Suma Sacerdotisa barre ritualmente el suelo con una escoba.

Primer plano de la Suma Sacerdotisa que recita:

SACERDOTISA: Sabed que el Destino ha decretado que os unáis, para no separaros jamás. En vano predica el monje contra las Estrellas. Lo que tiene que ser, será. Tened esperanza y alegría, ¡oh hijos del tiempo! Y ahora al unir yo vuestras manos, uno vuestras almas.

Plano general de la Suma Sacerdotisa que toma el incensario y lo pasa sobre la cabeza de la bruja y el macho cabrío. Primer plano del Sumo Sacerdote que proclama:

SACERDOTE: ¡Oh, Señor y Señora de las Atalayas! ¡Oh poderoso Dios! ¡Oh amable Diosa! Sed testigos de los esponsales de estos nobles corazones. Que esposo y esposa sean uno. Brillad en paz sobre el lecho nupcial, ¡oh estrellas!

Plano general de una bruja que se levanta y estampa siete besos en distintas partes del cuerpo del macho cabrío. Luego se acerca al tálamo sagrado. Paneo. El macho cabrío la posee con violencia, con orgasmo simultáneo explosivo. Diversos primeros planos del acto sexual. Fundido.



Mismo ritual para cada una de las siete brujas. El macho cabrío posee a cada bruja en una posición sexual diferente. Su cuerpo queda cubierto de besos.

Durante el ritual, el Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa recitan los textos sagrados:

SACERDOTE: En los antiguos tiempos, el Señor del Mundo Subterráneo, el Gran Cornudo, era conocido como el Dominador, el Consolador. Los hombres lo conocen como el Señor de las Sombras, solitario, severo y justo. Pero Nuestra Señora la Diosa quería resolver todos los misterios, incluso el misterio de la muerte, y por esto viajó al mundo subterráneo. Allí el Guardián de los Portales le hizo quitarse la ropa, y fue atada como deben hacerlo todos los vivos que penetran al Reino de los Muertos. Al no querer doblegarse ante la Muerte, ésta la azotó. Ella le gritó: conozco las congojas del amor. La Muerte se inclinó ante su sabiduría y la bendijo y le dio el collar que es el círculo del renacimiento. Y le enseñó el misterio de la copa sagrada, que es el caldero del renacimiento.

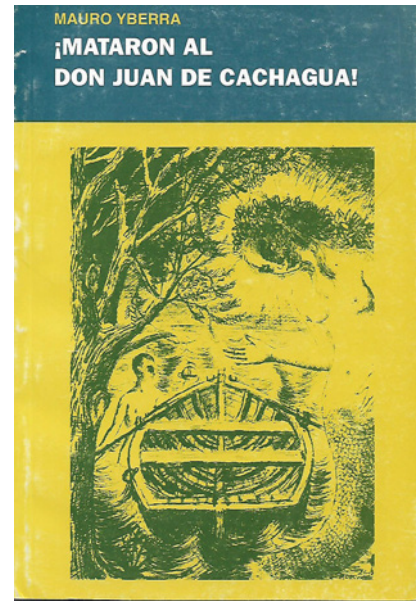
SACERDOTISA: Para renacer hay que morir y prepararse para un nuevo cuerpo. Y para morir hay que nacer; y sin amor no se puede nacer.

SACERDOTE: Este es el misterio del Círculo Mágico, que está colocado entre el mundo de los hombres y el de los dioses.

Plano general del macho cabrío, de vuelta en el trono, el miembro siempre erecto. Las siete brujas arrodilladas frente a él. Las marcas de besos brillan en su cuerpo, que parece tatuado. Al fondo, el altar con el candelabro

encendido. El Sumo Sacerdote y la Suma Sacerdotisa observan desde el palco. Fundido en negro.

Sobre el fundido, vuelve la música de Liszt, mezcladas las versiones de órgano, piano, banda de blues y caja de música, en una sonoridad caótica. **TN**



Nota: Este texto forma parte de la novela de Mauro Yberra *¡Mataron al don Juan de Cachagua!*, EPS Ediciones, Santiago, 1999.



TRAZAS NEGRAS

Todos los meses lo mejor
del *noir* de Chile y Latinoamérica

Disponibles en: www.delibros.cl

¡Los detectives!

Bartolomé Leal

Creo que duró hasta la década los ochenta, fines. Era un loco extraño, que deambulaba por el centro de Santiago buscando donde hubiera un grupo de gente reunida para lanzar una perorata apasionada, a ratos violenta, en contra de los detectives. Les culpaba de todo lo malo que ocurría; pero sobre todo por el trato que, al parecer, le habían dado a él mismo en una ocasión no especificada. Tal vez algunos sabían su historia, pues apenas se le veía meterse al café Haití, en el paseo Ahumada, se juntaba gente a escucharlo.

Señores, rugía, los responsables de todo lo podrido y maligno que hay en este país son: ¡Los detectives! ¡Los deetectiveees! Alargaba las sílabas en un grito ronco que arrancaba risas, aunque para algunos sonaba temible.

Él se refería a lo que hoy es el servicio de investigaciones, por esos tiempos de dictadura un organismo dudoso, al cual se acusaba de ser en el fondo una policía política camuflada; el camuflaje era simplemente no usar un uniforme que los identificara. En un tiempo su labor principal consistió en buscar comunistas, socialistas o miristas para darles lo más duro posible. Además, la creencia popular era que se trataba de una institución corrupta, coludida con las mafias criminales que en la capital se dedicaban al contrabando, la trata de blancas (todavía no llegaban las negras), la pichicata o diosa blanca (apelativos de la cocaína), amén de otros menesteres delincuenciales.

¡Gloria al Pulento!

El contrincante de los detectives no era el único loco en el centro santiaguino. Al menos otros dos entretenían a los funcionarios públicos, jubilados y vagos que tomaban su cafecito a cualquier hora del día. Uno era el predicador saltarín. Un tío pelirrojo y crespo, de ojos azules, vidriosos

y estáticos que, enarbolando una manoseada Biblia, amenazaba a los pecadores con sufrimientos apocalípticos si no se acercaban al Señor. Su grito de guerra, que profería mientras daba saltitos de gimnasta, era una serie de originales Gloria: ¡Gloria al Cuerpo! ¡Gloria al Magnífico! ¡Gloria al Pulento! Esta última era una expresión del argot de los malandros que luego se haría corriente.

Otro loco era el caballero que cambiaba dinero. Un señor de aspecto distinguido, traje negro ajado, aunque impecable, camisa blanca y corbata, que se paseaba con un carrito lleno de monedas y billetes. Se ofrecía a hacer los cambios que sus clientes necesitaran. ¿Clientes? No había lucro ni aprovechamiento de nadie. El viejo señor de aire patricio simplemente cambiaba circulante uno a uno, siempre con una sonrisa afable. Sin estridencias, se acercaba a los bebedores de café y les preguntaba si querían cambiar. Si no era así, partía con su carrito a otro lado. Se estacionaba a veces en las escalinatas del Banco de Chile, donde mismo se proveía de monedas y billetes para sus absurdas transacciones.

El café Haití, el mismo que actualmente funciona con el estilo de hace tres décadas, con sus atendedoras de minifalda y piernas enfundadas en medias de seda, era testigo de los devaneos desquiciados de estos raros seres. Personajes recurrentes se reunían allí para discutir de temas relevantes: caballos, crímenes, las vedettes, los vaivenes del dólar... Tal vez el más delirante, aunque menos conspicuo, era Boris Mokos, el pensador tartamudo. El tipo juraba que había estudiado filosofía, de modo que se las daba de enterado en lo que era el gran pensamiento. Había asumido la misión de descifrar los motivos insondables que yacían en la conducta de los locos del centro; y de otros que no eran tan llamativos, pero que no escapaban a la vista sagaz de un observador casi permanente

como Mokos, que trabajaba en algún servicio público a jornada parcial y gozaba de mucho tiempo libre. Ese tiempo lo consumía en el Haití, junto a innumerables tazas de café acompañadas de los infaltables cigarrillos.

Boris Mokos en acción

Boris Mokos hablaba con todo el mundo. Por eso mucha gente escuchaba sus confusos argumentos y se tocaba la cabeza. Mokos se declaraba adepto de la ciencia frenológica y se dedicaba, subrepticamente (él mismo lo reconocía), a estudiar los cráneos de los habitués del Haití. Acarreaba en su bolsón de cuero un enorme compás de brazos curvos, amén de una cinta métrica de costurera y un imán en forma de herradura. Unos papeles que no quería mostrar parecían mapas del cráneo.

Un tiempo al delirante de Mokos le dio con una abogada lesbiana, que usaba zapatones tanque y traje sastre, siempre de negro, casi la única mujer que entraba a ese café. Por cierto, la vieja se relamía con las curvas de las chicas y les conversaba, con la misma pose seductora que los carcamales pelados que las trataban por su nombre y no necesitaban decir que querían servirse; ellas lo sabían. Aunque algunos que le conocíamos, sospechábamos que Boris Mokos andaba en vena más bien seductora que científica con la dama. Se moría por las hembras estrambóticas.

Hay una cumbre de los locos, me dijo Mokos en susurros en una ocasión memorable. Se demoró, a causa de la tartamudez. Acompáñame, expresó, quiero escuchar lo que hablan y medirles la cabeza, alguna re-regla de oro hay por allí. Pero me da co-cosa ir solo, agregó, pu-pueden exaltarse. ¿Dónde se juntan?, le pregunté. En un rincón donde se mea po-por acá cerca, en la calle Nueva York. Pues partí tras él, sin muchas ganas lo confieso. Allí estaban los tres que mencioné antes, cabeza contra cabeza, en singular conciliábulo. Escuché claramente, aunque en tono velado, la frase ¡Los detectives! El hombre estaba explicando a sus pares la odisea en las mazmorras detectivescas. El predicador permanecía callado, aunque los movimientos de sus piernas mostraban que deseaba continuar pronto con sus saltitos, para mayor gloria del Señor. El caballero de los cambios, a quien llamaban «el loco Marín», escuchaba con la misma atención que un doctor a un paciente hipocondríaco, mientras barajaba nervioso sus monedas y billetes. Parecía ansioso por volver a lo suyo. También le gustaban las marchas políticas de otrora, siempre participaba sin preguntar contra qué se protestaba. Los pacos nunca lo mojaban, merecía respeto.

Trifulca en el Haití

Los miramos desde unos veinte metros, luego diez y cinco, hasta finalmente quedar a un par de metros del trío. Entonces el supuesto torturado por la policía civil nos vio, cortó en seco su filípica y, con los ojos salidos de las órbitas, señaló a Boris Mokos con el dedo. Le gritó simplemente: ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú! Lo hizo tres veces, en cada ocasión con crecientes decibeles y a una distancia más corta. Los otros dos confabulados no hablaron, pero se aproximaron a la siga de su socio, como solidarizando. La actitud y sobre todo la proximidad de esos orates nos dieron tanto susto, que partimos de vuelta al Haití sin querer escuchar más. Pero el trío corrió tras nosotros.

Alguna gente debe recordar la trifulca que se armó en aquella ocasión. Tanto así, que el dueño del Haití, el cual presidía las ventas de café en su trono, la caja, sentado sobre una silla alta para sorprender a los eternos pedigüeños que pedían cafés y cortados gratis a las niñas, se vio obligado a llamar a los pacos. El enemigo de los detectives aullaba diciendo que había un infiltrado, mientras buscaba a Boris Mokos, quien se había camuflado entre un grupo de comerciantes de origen paisano que discutían sobre los malos resultados del club Palestino. Desde la puerta, el predicador saltarín había retornado a sus jaculatorias, mientras el elegante cambista había partido en busca de un lugar más propicio. Llegó un pelotón de verdes de la cercana comisaría de calle Santo Domingo, que agarró al mártir de los detectives y lo sacó a rastras del local, mientras el personaje bramaba de furia. Boris Mokos, loco como era y sigue siendo, intentó salir en ayuda del afectado, pero recibió un lumazo en el codo que le dejó el brazo semiparalizado, boqueando para sacar una frase, que su tartamudez, exacerbada, le impidió proferir.

Así termino esta farsa, protagonizada por unos lunáticos de antaño en la capital santiaguina. TN



Foto: Memoria Chilena

Léo Malet, cumbre del *noir* francés

por Bartolomé Leal

El escritor de novela policial y negra Léo Malet (1909-1996) es seguramente menos conocido que el belga Georges Simenon, considerado con justicia el más reputado autor del género en el dominio francés, y un gigante a nivel mundial. Malet, un auténtico vagabundo de múltiples oficios, nacido en Montpellier, formó parte del grupo surrealista por los años 30. Poeta, amigo de Breton, de los pintores Magritte y Tanguy, de Benjamin Péret (que lo invitó a hacerse trotskista), es uno de los autores que con mayor propiedad refleja los modos de ese mundo bohemio y canallesco que hizo de París (y sobre todo de Montmartre, donde Malet se producía durante la *belle époque* en los cabarets como *chansonnier*) un mito de intelectuales, un paraíso terrenal al que cuanto personaje se sintiera con dotes artísticas ansiaba acceder.

Literariamente, Malet es un heredero de los folletinistas, sobre todo de Eugène Sue, de cuya serie tomó el título para crear sus «Nuevos misterios de París» (1954-1959). Se aboca a planear una seguidilla de historias policiales, protagonizadas por su detective Nestor Burma, anárquico, fumador en pipa, devoto del argot y de las *demoiselles*, ambientándolas en cada uno de los diferentes *arrondissements* de París, como se llaman las 20 divisiones territoriales de la ciudad-luz. Malet alcanzó a redactar 15 de estas novelas, que junto a otra veintena de obras (incluidas 5 recopilaciones de cuentos y un volumen de memorias) constituyen el canon de este autor que nunca hizo ruido, pero que dejó una obra admirable, hasta el día de hoy insuperada en cuanto a reflejar los modos de vida en esta ciudad por los años 50; y que apenas cambia, a medida que los siglos pasan.

Léo Malet viró el rumbo del *roman noir* francés y notables autores reconocidos en la actualidad, de Frédéric Dard a Jean-Patrick Manchette, de Jean-Claude Izzo a

Fred Vargas (sin dejar de mencionar Gérard de Villiers o José Giovanni), son herederos del enfoque de Malet más que del de Simenon. Malet fue por cierto influenciado también por los *pulp* norteamericanos. Aficionado a los seudónimos, utilizó varios, algunos bastante graciosos: Frank Harding, Léo Latimer, Lionel Doucet, Jean de Sel-neuves, Noël Letam, Omer Refreger y John-Silver Lee (con Narcejac). Su mezcla de surrealismo de primera fuente, folletín decimonónico y amoralidad *hard-boiled*, dio lugar a una narrativa negra sumamente autóctona, en el sentido de que en muchos aspectos se revela difícilmente traducible, donde las situaciones absurdas, la minuciosidad municipal y los giros del lenguaje (jerga del hampa) juegan un rol expresivo, indisociable de su eficacia narrativa.

En un libro de memorias, Léo Malet cuenta de sus contiendas como escritor a quien no se le dieron fáciles las cosas. En su *Diario secreto*, publicado póstumamente en 1997, a un año de su muerte, complementó detalles de su vida que se supusieron interesantes para sus seguidores. Sin embargo, el libro pasó sin pena de gloria y hoy en día encontrar un ejemplar es casi una hazaña. El mío se lo arrebaté a un *bouquiniste* de la *rive droite* (para ser preciso), con quien me pasé una hora hablando de Léo Malet y de su legado en las letras francesas. Se lo sabía todo. Sacó de por abajo de sus cajones llenos de pringues unas hermosas primeras ediciones, relativamente caras, reservadas según él para los «verdaderos aficionados».

El tema central de este diario íntimo son las erecciones, sus desavenencias con el pene propio. O más bien las dificultades que el autor, ya septuagenario, tenía para lograrlas. Bueno, no es el único tema, pero se trata de un texto que pormenoriza, casi con obscenidad (en su sentido etimológico: lo que no se puede mostrar), la intimi-

dad de un Malet que amenaza, cada dos páginas, con suicidarse de una vez por todas y acabar con sus pesares: entre otros, la muerte de su esposa y las dificultades que tiene con su nueva compañera, más joven que él, y con quien no logra consumir el acto carnal. Precisamente porque no le vienen erecciones.

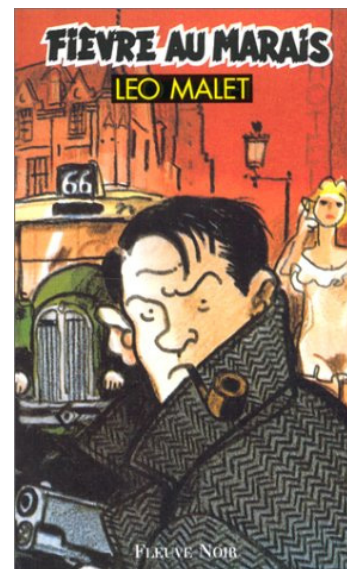
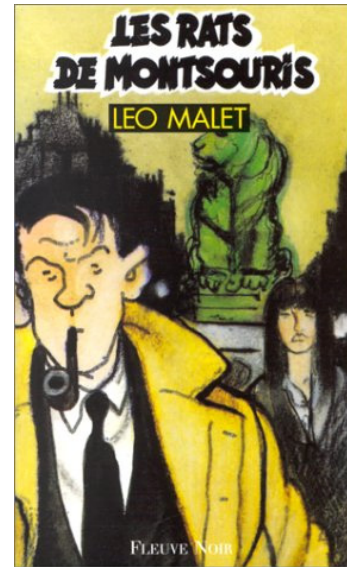
Las reflexiones son a menudo patéticas y recuerdan mucho a las de su voluble detective: «Qué extraño animal es el ser humano. Esos sentimientos... El sexo que no se puede disociar del corazón... Sin las tetas y el culo de la mujer a quien se ama, ¿de qué vale vivir?». Y agrega: «Se sabe bien por qué se suicidaron Hemingway, Romain Gary y varios otros». Aunque lo proclama, sabe que suicidarse no es tarea fácil: «Me digo que la locura podría reemplazar al suicidio. Suicidarse exige un coraje que seguramente no tengo. Pero sumirse en la locura —que puede pasar por una especie de muerte— es más fácil... Y el loco muere sin saber que lo es». Remata así: «¡Si yo pudiera todavía ser feliz en los brazos de una mujer por el poco tiempo que me queda de vida!».

No es mucho lo que Malet dice de literatura en este libro, que busca esa espontaneidad de lo que los surrealistas llamaron «automatismo psíquico puro», y que raramente aplicaron; aun cuando, este compañero de ruta del movimiento surrealista que fue Léo Malet, sí lo hizo. He aquí una afirmación interesante, referida a su propia obra: «Escribir libros a los 30 años y no ser reconocido más que 40 años después, no es un triunfo. Es la consagración del fracaso».

El amor, siempre presente. «Jamás he podido (o muy raramente) disociar el corazón del sexo. Incluso cuando frecuentaba los burdeles, montaba siempre a la misma mujer. Se creaban lazos... A propósito de putas: siempre he hecho buenas migas (si se puede decir) con ellas. Creo que es porque somos de la misma raza. Pobres seres heridos e infelices». Sin embargo, más adelante cuenta del odio tan terrible que le provoca una prostituta, que se le pasa por la cabeza estrangularla. No lo hace físicamente, aunque sí de manera simbólica en un libro.

Una frase final: «Me pregunto bruscamente por qué continúo escribiendo estas tonterías, que no podrían, si fueran publicadas, más que ridiculizarme. Sé que llegará el día en que tiraré todo al fuego o por un agujero del alcantarillado. ¿Entonces?... Después de todo, continúo. Me da agilidad a los dedos y hace trabajar un poco esta pequeña cabeza, que tiene gran necesidad de ejercicio, la pobre».

Gracias, maestro, por haber continuado... **TN**



Léo Malet (1909-1996)

Lemings

Por Richard Matheson

—¿De dónde vienen? —preguntó Reordon.

—De todas partes —replicó Carmack.

Ambos hombres permanecían junto a la carretera de la costa, y, hasta donde alcanzaban sus miradas, no podían ver más que vehículos. Miles de automóviles se encontraban embotellados, costado contra costado y parachoque contra parachoque. La carretera formaba una sólida masa con ellos.

—Ahí vienen unos cuantos más —señaló Carmack.

Los dos policías miraron a la multitud que caminaba hacia la playa. Muchos charlaban y reían. Algunos permanecían silenciosos y serios. Pero todos iban hacia la playa.

—No lo comprendo —dijo Reordon, meneando la cabeza. En aquella semana debía de ser la centésima vez que hacía el mismo comentario—. No puedo comprenderlo.

Carmack se encogió de hombros.

—No pienses en ello. Ocurre. Eso es todo.

—¡Pero es una locura!

—Sí, pero ahí van —replicó Carmack.

Mientras los dos policías observaban, el gentío atravesó las grises arenas de la playa y comenzó a adentrarse en las aguas del mar. Algunos empezaron a nadar. La mayor parte no pudo, ya que sus ropas se lo impidieron. Carmack observó a una joven que luchaba con las olas y que se hundió al fin a causa de su abrigo de pieles.

Pocos minutos más tarde todos habían desaparecido. Los dos policías observaron el punto en que la gente se había metido en el agua.

—¿Durante cuánto tiempo seguirá esto? —preguntó Reordon.

—Hasta que todos se hayan ido, supongo —replicó Carmack.

—Pero..., ¿por qué?

—¿Nunca has leído nada acerca de los lemmings?

—No.

—Son unos roedores que viven en los países escandinavos. Se multiplican incesantemente hasta que acaban con toda su reserva de comida. Entonces comienzan una migración a lo largo del territorio, arrasando cuanto se encuentran a su paso. Al llegar al océano, siguen su marcha. Nadan hasta agotar sus energías. Y son millones y millones.

—¿Y crees que eso es lo que ocurre ahora?

—Es posible —replicó Carmack.

—¡Las personas no son roedores! —gritó Reordon, airado.

Carmack no respondió. Permanecieron esperando al borde de la carretera, pero no llegó nadie más.

—¿Dónde están? —preguntó Reordon.

—Tal vez se hayan ido.

—¿Todos?

—Esto viene ocurriendo desde hace más de una semana. Es posible que la gente se haya dirigido al mar desde todas partes. Y también están los lagos. Reordon se estremeció. Volvió a repetir:

—Todos...

—No lo sé; pero hasta ahora no habían cesado de venir.

—¡Dios mío...! —murmuró Reordon.

Carmack sacó un cigarrillo y lo encendió.

–Bueno –dijo–. Y ahora, ¿qué?

Reordon suspiró:

–¿Nosotros?

–Ve tú primero –replicó Carmack–. Yo esperaré un poco, por si aparece alguien más.

–De acuerdo –Reordon extendió su mano–. Adiós, Carmack –dijo.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

–Adiós, Reordon –se despidió Carmack.

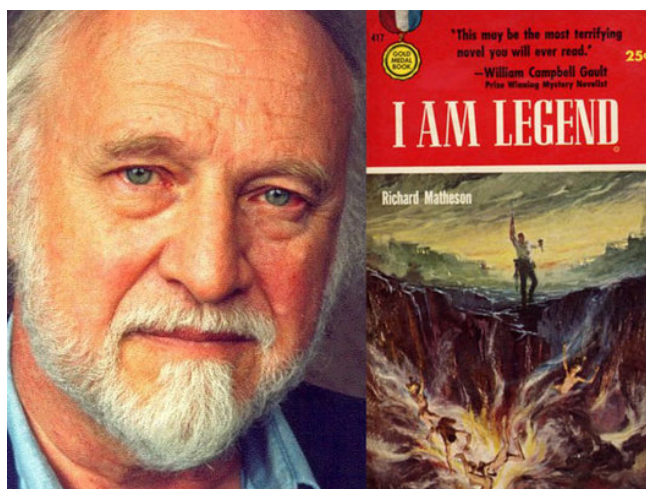
Y permaneció fumando su cigarrillo mientras observaba cómo su amigo cruzaba la gris arena de la playa y se metía en el agua hasta que ésta le cubrió la cabeza. Antes de desaparecer, Reordon nadó unas docenas de metros.

Tras unos momentos, Carmack apagó su cigarrillo y echó un vistazo a su alrededor. Luego él también se metió en el agua.

A lo largo de la costa se alineaba un millón de autos vacíos.

TN

Título original: *Lemmings*, 1958
(Traducción de BL)



Richard Matheson es uno de los escritores más influyentes en la ciencia-ficción, una suerte de autor puente entre el género y las viejas formas del relato de horror. Desde ya su novela *Soy leyenda* (1954), que trastoca el tema de los vampiros al hacerlos la especie dominante del planeta, así como su primer cuento publicado en 1950, «Nacido de hombre y mujer», una variante del tema del niño diferente maltratado por sus padres. Los fans recuerdan también su novela *El increíble hombre menguante* (1956).



La violación de Lucrecia y otros cuentos

Branny Cardoch Zedán

www.plazadeletras.cl



Índice

Primer Año de Trazas Negras

Números 1 – 11 / julio 2020 – junio 2021

Queremos compartir con los lectores y lectoras la constatación de que cumplimos un año, saliendo mes a mes (menos uno bimensual). De modo que optamos por ofrecer en esta página de cierre un sumario de los Números 1 al 11 de Trazas Negras, de julio 2020 a junio 2021. Está demás señalar lo felices que estamos de haber llegado al primer cumpleaños y esperamos seguir adelante, con muchos planes de ampliar nuestro alcance, tanto en seguidores como colaboradores. Vendrán pues novedades y sorpresas, todo para mayor gloria de los «géneros oscuros» como hemos querido llamarlos.

Cuentos

- Aguilera, Gabriela (TN 4, TN 10)
- Aravena Zúñiga, Cecilia (TN 1, TN 8)
- Armijo, Marianela (TN 5)
- Avaria-Eyzaguirre, Julián (TN 1, TN 10)
- Biernay, César (TN 9)
- Cabaña, Héctor (TN 9)
- Campos, Micaelina (TN 6)
- Castro, Mandrágora (TN 3)
- Colil, Juan Ignacio (TN 2)
- Contreras Villablanca, Eduardo (TN 5, TN 11)
- Délano, Poli (TN 6)
- Díaz Eterovic, Ramón (TN 3)
- Díaz Meza, Lorena (TN 11)
- Freire, Toño (TN 7)
- Fritz, Ignacio (TN 4)
- Gligo Viel, Nicolo (TN 3)
- Gómez Jelves, Luis (TN 7)
- Guzmán Watine, Julia (TN 4, TN 7)
- Hache (TN 7)
- Hernández, Gonzalo (TN 1, TN 6, TN 10)
- Krimer, María Inés (TN 6)
- Leal, Bartolomé (TN 8)
- Martínez, Hugo (TN 8)
- Murialdo, Helios (TN 3, TN 10)
- Padrón, Alex (TN 7)
- Ponce, Néstor (TN 4)
- Ramírez, Juan Pablo (TN 11)
- Riquelme, Antonio (TN 9)

- Rojas Gómez, Antonio (TN 5)
- Rumel, Pablo (TN 2, TN 11)
- Soria-Galvarro Yuri (TN 2)
- Soto Díaz, Eduardo (TN 9)
- Sotomayor, Juan Cristóbal (TN 5)

Novela corta

- Quezada, Iván (TN 8, TN 9, TN 10)

Reseñas

- Colil, Juan Ignacio (TN 6, TN 10)
- Contreras Villablanca, Eduardo (TN 3, TN 5, TN 6, TN 7, TN 9, TN 10)
- Ramón Díaz Eterovic (TN 5)
- Espinosa, Patricia (TN 4)
- Guzmán Watine, Julia (TN 2, TN 5, TN 9)
- Hache (TN 11)
- Hernández, Gonzalo (TN 2, TN 4, TN 10)
- Leal, Bartolomé (TN 8, TN 9)
- Mardones, Wilberio (TN 11)
- Renaud, Maryse (TN 4)
- Ricci, Aníbal (TN 1)
- Rojas Gómez, Antonio (TN 6, TN 7, TN 9)

Artículos

- Anónimo (TN 8)
- Contreras Villablanca, Eduardo (TN 8)
- Hernández, Gonzalo (TN 2)
- Leal, Bartolomé (TN 3, TN 4, TN 5, TN 7, TN 9, TN 11)
- López, Fernando (TN 11)
- Mardones, Wilberio (TN 6)
- Murialdo, Helios (TN 10)

Entrevistas

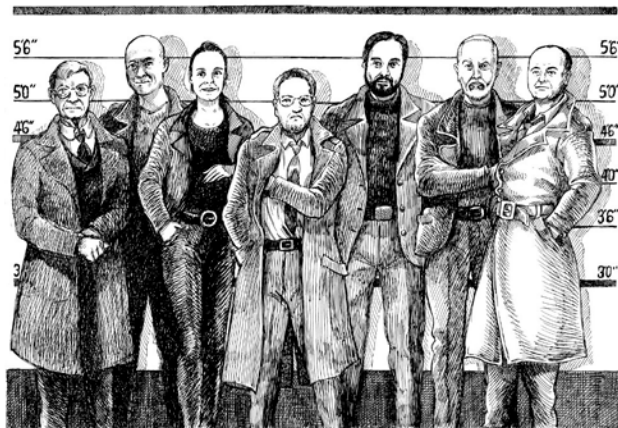
- Campbell, Marcos (TN 5, TN 6, TN 7, TN 8, TN 9, TN 11)
- Colil, Juan Ignacio (TN 10)
- Leal, Bartolomé (TN 4)

Cómics

- Contreras y Triana (TN 8)
- Gai, José (TN 2)
- Reyes y Olivos (TN 1)
- Vancho y Kampf (TN 3, TN 4, TN 5, TN 6, TN 7, TN 9, TN 10, TN 11)

Clásicos

- Brown, Fredric (TN 5)
- Capek, Karel (TN 10)
- Chejov, Anton (TN 9)
- Délano, Luis Enrique (TN 11)
- Edwards Bello, Joaquín (TN 8)
- Huidobro, Vicente (TN 1)
- Lira Massi, Eugenio (TN 6)
- Stevenson, Robert Louis (TN 4)
- Wells, H.G. (TN 3)
- Welles, Orson (TN 2)



Revista TRAZAS NEGRAS

Director: Bartolomé Leal

Edición y diagramación: Iván Martínez Berríos

Apoyo a edición y corrección: Carla Salazar Luci

Comité asesor de Trazas Negras:

Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a este proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl
Próximo número: Agosto 2021

Todos los números disponibles en: www.delibros.cl